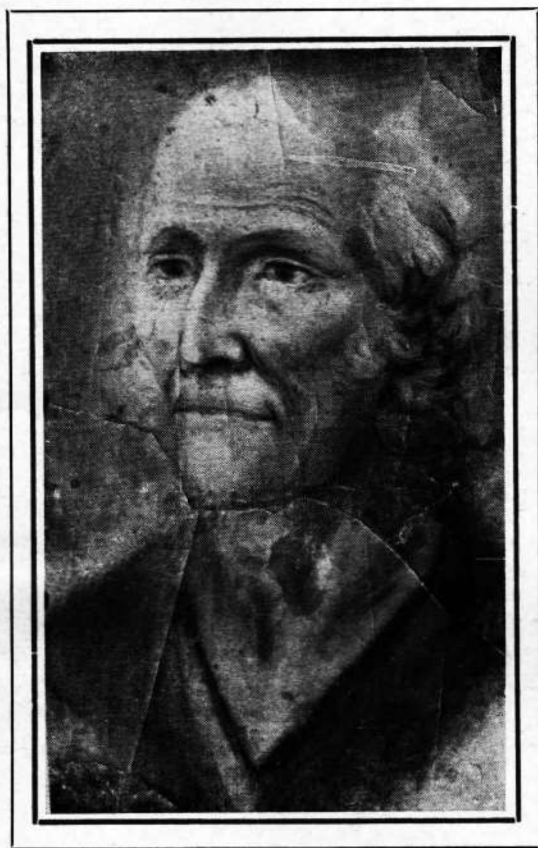
EDUARDO DE SALTERAIN Y HERRERA

ARTIGAS

EN EL PARAGUAY (1820-1850)



Montevideo

El autor de «*Blanes*», «*Monterroso*», «*Arandú*» y «*Rivera*» investiga, en las páginas de «*Artigas*», los motivos determinantes de la larga permanencia del Jefe de los Orientales en el Paraguay. Estudia su vida de soledad en Curuguaty, explicando los motivos que le retuvieron lejos de su patria.

Sobre la más rigurosa documentación, Eduardo de Salterain y Herrera, construye, con su forma de recia y bellísima expresión, la figura espiritual del caudillo regidor de pueblos y padre de la nacionalidad, a los cien años de la muerte, en la tierra que le dió «pan y sepulcro». Los treinta años de soledad y de silencio artiguista, envueltos en el misterio, aparecen claramente iluminados en las páginas de esta monografía.

ARTIGAS

EN EL PARAGUAY (1820 - 1850)

EN LA CARATULA:

Artigas. Boceto al carbón para el cuadro de Eduardo D. Carbajal, pintado en Montevideo en 1864, sobre el modelo del natural de Alfredo Demersay. (Museo Histórico Nacional, fotografía de la división fotocinematográfica del Ministerio de Instrucción Pública)

EDUARDO DE SALTERAIN Y HERRERA

ARTIGAS

EN EL PARAGUAY (1820 - 1850)

Montevideo

Impresora L.I.G.U.

I

«Esperaban a Artigas treinta años de cautiverio disimulado y una muerte oscura». - *Francisco Bauzá.*

Seguidamente de las luchas cruentas de Avalos y Cambay, Artigas se corre a las puntas del Mocoretá. El infortunio persigue a sus huestes, empujándolas bien al norte, hasta los bordes del remoto Paraná donde concluye la tierra de los Pueblos Libres. Banda Oriental, Entre Ríos, Corrientes y Misiones al fin, ven transitar por última vez a su insigne protector y patriarca del sistema federativo. La primera provincia, —tierra natal—, humillada por el invasor lusitano; las otras, a merced de Francisco Ramírez, el antiguo teniente artiguista erigido en dominador con el título de «Supremo Entrerriano».

Río por medio, frente a la comarca misionera de Candelaria, descansa la vetusta Ytapúa, primera población guaraní desde la que Artigas pretende abrir negociaciones para volver contra su ensoberbecido perseguidor. ¿Por qué no? El Jefe de los Orientales está en débito del «amigo pérfido», que dice el salmista. Aunque distanciado profundamente del gobernante paraguayo D. José Gaspar de Francia, busca su aproximación con los restos mermados de un ejército que podría rehacer y que, al mismo tiempo, ponen desconfianza en el ánimo suspicaz del mandatario encapotado, taciturno y de más sombras aún.

Simbólica conjunción panorámica la de Artigas y Francia. Uno, el uruguayo, personificando las ideas republicanas de democracia y de confederación, a lo estadounidense. El otro, el paraguayo, mantenedor de Rousseau y del estado de naturaleza presocial. Falta Miranda, el venezolano, con sus preceptos de la Revolución Francesa, para completar el cuadro espiritual de la independencia absoluta, presentado aisladamente en Venezuela, Paraguay y la Banda Oriental. Esto es: en el norte continental, uno; otro, en la selva pensativa y el tercero en la mesopotamia del sur; vale decir: cresta, entraña y ola del movimiento autonomista. La historia señalaría luego, como siempre, que caídos en desgracia los precursores, habrían de surgir los capitanes y hombres de guerra, ejecutores más o menos afortunados de las ideas de emancipación.

Artigas, en su infortunio, desecha ofertas de asilo del Brasil y del gobierno norteamericano. En vez, va tras quien no le llama y personalmente le odia, con rencor frío como luz de estrella, espeso como la ciénaga. El caudillo rebelde, que da la espalda definitivamente a su clamorosa Banda Oriental, ha de caer para siempre en

un letargo sin aurora, ni anuncio profético. Le aguardarán treinta años de silencio, de silencio de piedra, no de angustia, ni de esperanza y en vez más parecido a la indiferencia que a la resignación. La estatua habría deseado verle invencible en el combate o sacrificado en la demanda, como la común estirpe de héroes aclamados. Pero la vida humana, hecha de materia más sutil que el bronce, lo plasma en la forma intraducible de un designio singular hasta en la desgracia. Su grandeza es la de las ideas anticipadas, de tiempo breve y de rica herencia como la siembra. Y su sino, sin arrebato lírico de encendimiento, sin ternura palpitante, pero moldeado en la voluntad inflexible del carácter, no empareja con nadie de adentro ni de afuera, pues que habiendo dominado con mano férrea a hombres y sucesos, sofoca heroicamente el grito y abate coyundas cuando la suerte se trueca y le somete a dura fatalidad.

Ayer diera la espalda a Montevideo, seguido del éxodo del Ayuí. Ahora, en pos del infortunio y del silencio, llega al borde de la historia en la ribera agreste del Paraná. Nada le detiene: ni la oferta del poderoso, ni la súplica de la indiada. El peligro definitivo le acecha y como tentado se encamina impasiblemente hacia el valle de las sombras, manos quietas, frente aún altiva y amo empecinado de su voluntad.

II

Rodeado de su tropa india, Artigas no avanza ni agrede en el país extranjero, de puertas tapiadas. En cambio, sin subterfugios, traba contacto con la guardia paraguaya de Ytapúa, un tanto alarmada, y signa un pliego dirigido al dictador José Gaspar de Francia, el 6 de setiembre de 1820. Luego, espera; y entre tanto, platica con el naturalista francés Amado Bonpland, radicado en la comarca. Espera un día, dos, tres, la respuesta de la autoridad que mora a larga distancia, en la ciudad de Asunción.

«Una sola potestad imperaba, una única voluntad (la de Francia) reinaba» en el Paraguay. «Sólo vivían *Estado y hombres.* El pensamiento no podía manifestarse en forma alguna. No había prensa. Durante el cuarto de siglo de dictadura, no se publicó en el Paraguay un diario, un boletín, un manifiesto. Del exterior no se recibían periódicos; algunos de los que entraban eran enviados al Supremo (Francia) como también los que llegaron fueron aquellos pedidos por él. Las reuniones públicas, incluso las de orden religioso, fueron totalmente vedadas, etc. La comunicación postal con el exterior, estuvo al principio sometida a rigurosa censura», hasta que «la correspondencia con el extranjero se cortó por completo, etc.». «Nadie podía entrar o salir del país, sin previa autorización del Dictador, que la acordaba sólo en casos excepcionales. La repú-

blica estaba cerrada por círculos de hierro: obstáculos naturales, desiertos, pantanos, ríos, y por la vigilancia dictatorial; fortines, guardias, patrullas, etc. Por cualquier vía era empresa imposible salir subrepticiamente del Paraguay, etc. El tránsito en el interior de la República, tampoco se realizaba con libertad; ningún ciudadano de un departamento podía salir de él, sin autorización del delegado o del comandante de urbanos (jefe político), etc.» [1]. Cuando el naturalista francés Bonpland pidió permiso al delegado local para entrar en Asunción, Francia decretó en el documento recibido:

«Devolver ese papel al Bonpland, que no se le debió admitir, en vista de la manifiesta mala fe, etc. El debe considerarse bien afortunado en no estar en un Calabozo con una barra de Grillos, pudiendo aún haberle sucedido peor; porque no debe ser considerado como un nuevo prisionero de Guerra, sino como un asociado faccionario y fomentador de bandidos y Salteadores introducidos á robar y apoderarse de los Yerbales de la República, pensando hacer grandes negocios de Yerba, fiado y atenido en sus confederados, los bandidos Ramirez y Aripí, cuya autoridad han querido simentar y estender áun en territorio ajeno, etc.». (Al delegado de Misiones, el 23 de agosto de 1823).

El aislamiento del Paraguay, primero político, después económico y por último total, cortó toda relación diplomática con la Argentina en razón de que los gobiernos de ésta «se negaron a reconocer la independencia paraguaya». El año de 1820 languidece el comercio por los ríos Paraguay y Paraná, «dos años más tarde, se acentúa el decaimiento y el aislamiento es completo: ni relaciones diplomáticas, ni comercio, ni viajes, ni correspondencia». «¿Fué llevado el Paraguay a él (el aislamiento) por el Dictador, o éste fué obligado a aislar su patria? Para unos él aisló su país para resguardar y consolidar su independencia, desconocida por los gobiernos porteño, etc.». «Entrevió el Supremo que los vínculos que unían al Paraguay y a las demás provincias llevaban en germen peligros para la independencia; que si no se cortaban esos lazos, temprano o tarde, el Paraguay arrastrado al *malstrom* del Río de la Plata, perdería su soberanía; que fácilmente el campo de lucha se trasladaría de la Banda Oriental o de la Mesopotamia entrerriana al suelo guaraní. Evitar conflictos con el exterior, no intervenir en cuestiones extrañas, era para él la fórmula suprema de defensa de la autonomía nacional, etc.». «Ni con Artigas contra Buenos Aires, ni con Ramírez contra Artigas, ni con los unitarios contra Rosas, ni con los farrapos contra el Imperio, ni con el Imperio contra el Plata. A la vez que resguardaba la naciente nacionalidad con el aislamiento, evitaba la

(1) JULIO CESAR CHAVES, «El Supremo Dictador. - Biografía de José Gaspar de Francia», págs. 252, 253. (Buenos Aires).

propagación de la anarquía que devoraba en rojas llamas la hoya platina». «A través de los años, —en 1863—, el ideal contrario reverdeció y fué en su nombre que se pidió para la nación guaraní un lugar bajo el sol en el Plata, y se sucumbió con gloria pero sin éxito en Cerro Corá» (2).

Esa era la comarca y su dueño que eligió Artigas para vivir: la selva y el silencio que moraban en el fondo del alma solitaria. En vez, el egregio secretario de ayer, Monterroso, corrido también por la derrota, habría de mudarse a Chile, lugar de tierras y de mares, como el lecho sinuoso de su espíritu. Cada uno en lo suyo, según inclina el ánimo, y entre ambos, el solar lejano de la patria, puerto de arribada para el peregrino y penuria de olvido en el ausente.

III

¿Qué significaba Artigas en la nota remitida al supremo mandatario del Paraguay? ¿Cuáles eran los términos que ilustraron la exposición de sus ideas? El documento ese y aun otros artiguistas han desaparecido de los archivos o no llegaron nunca a éstos. En vez, ha quedado como único testimonio de información pública la declaración del doctor Francia, de 12 de mayo de 1821, redactada así:

«Lo que pasa en cuanto a Artigas, es que en su último combate con los portugueses en Tacuarembó, quedó muy derrotado. Viendo esto, uno de sus comandantes, a saber el porteño Ramírez (Francisco) á quien de pobre peón él lo había levantado y hecho gente, en cuyo poder no habiéndolo acompañado en aquella guerra había dejado á guardar más de cincuenta mil pesos oro, se alzó con estos dineros y con ellos mismos sublevó y aumentó algunas tropas y gente armada con que había quedado. Artigas, reducido a la última fatalidad, vino como fugitivo al Paso de Ytapúa y me hizo decir que le permitiese pasar el resto de sus días en algún punto de la República, por verse perseguido aún de los suyos y que si no le concedía este refugio iría a meterse en los montes. Era un acto no sólo de humanidad, sino aún honroso para la República el conceder un asilo á un jefe desgraciado que se entregaba, etc.». (3).

Este mensaje de Francia fué, desde su publicación, santo y seña de entendimiento, algo así como inviolable artículo de fe. El silencio se postró a sus plantas, selló labios y descansó conmovido de reconocimiento. Artigas, refugio piadoso, ¿qué más pretender? Con

(2) JULIO CESAR CHAVES, obra citada, págs. 211 a 213 y 146.

(3) Fragmento de la comunicación del dictador del Paraguay, D. José Gaspar de Francia, a D. Bernardo Velázquez, comandante de Fuerte Borbón, del 12 de mayo de 1821, Asunción. (Transcripción de Eduardo Acevedo, en «José Artigas, Jefe de los Orientales y Protector de los Pueblos Libres. Su obra cívica. Alegato histórico», tomo I, capítulo II, pág. 72, Montevideo).

todo, algunas miradas avizoras como la de Carlos María Ramírez, la de Víctor Arreguine o la de Pedro Lamy Dupuy, sospecharon de la generosidad de Francia, provocando con ello comentarios paraguayos de Manuel Domínguez o de Cecilio Baez, justificativos de la actitud del extraño gobernante, (4) que pudo haber fusilado a Artigas y en cambio lo dejó vivir y protegió. Palabra, la de Francia, legado del tiempo en el misterio de los sucesos. Pero, ¿significaba ello todo, o sólo parte de lo ocurrido? Hay diferencia entre el deseo de pactar un acuerdo para proseguir la lucha y la necesidad de impetrar un asilo, en vencimiento. Lo primero debió ser postrer y animante esperanza de Artigas. Lo segundo, vanagloria del poderoso y añagaza para abatir la altivez y el prestigio del gran movedor de pueblos y despotismos, que concitaba recelos por «su escandalosa perfidia», al decir del mismo gobernante.

La embestida furiosa de Ramírez había mermado considerablemente el poder de Artigas y a esto seguía el recurso de Francia para reducirlo a la nada. Dos caminos opuestos que al final convergían. Dos hombres distintos, —brasa el uno, hielo el otro—, conducían al mismo punto en fatal conjunción de los destinos. Es que la historia, de ocultos designios siempre, disponía el momento preciso en que la suerte de dos rivales dependía de la voluntad de un hombre. ¡Quién lo había de pensar!

Ramírez, leguas al sur de las ciénagas de Yberá, en la altiva capital correntina, no ceja en la persecución enconada de Artigas. «Un apógrafo inédito datado en Corrientes, lo comprueba. El caudillo de Entre Ríos pide la extradición de Artigas. La pide, la suplica al doctor Francia. Le ofrece navegación libre de los ríos, libertad de comercio, alianza, amistad, le ofrece todo, a condición de que le entregue al fugitivo» (5). El dictador paraguayo, en autos de la complicidad de Ramírez con los conspiradores de Asunción para derrocarle, (febrero de 1820) no contesta las notas del entrerriano, apresa al conductor de las mismas y envía un ejército a Villa del Pilar para defender su territorio.

(4) MANUEL DOMINGUEZ, en conferencia sobre Artigas, dictada en la Universidad de Asunción, y CECILIO BAEZ, «En torno al general Artigas», de «El Cívico», pág. 3, del 23 de noviembre de 1907 de Asunción. - «¿Porqué el Paraguay, —dice Domínguez— no auxilió con un ejército al caudillo Oriental? Porque sus escasas fuerzas apenas bastaban para defender sus fronteras y porque el Paraguay y Artigas acabaron por estar en planos diferentes» - «¡Qué hubiera sido de Artigas, —dice Cecilio Baez,— á no haberse refugiado en el Paraguay». Y agrega: «Dada la pobreza del Paraguay, que no debía ningún servicio particular al patriarca de la federación argentina, el doctor Francia le trató con más miramientos tal vez, que los peruanos al desterrado O'Higgins».

(5) MANUEL DOMINGUEZ, exposición citada. ELISA A. MENENDEZ, en «Artigas defensor de la democracia americana». pág. 288, (Montevideo) transcribe la nota de Francisco Ramírez a Francia, datada en el cuartel general de Corrientes, el 22 de setiembre de 1820, reclamando la persona de Artigas.

Artigas, en vez, aguarda impaciente en la ribera del Paraná. Por primera vez con sus mesnadas, ha pedido permiso para seguir adelante. Sospecha que el persecutor de la víspera, —su antiguo comandante—, le apura, pero entiende que la barrera del río, los destacamentos fronterizos y el poderoso gobernante guaraní, son prendas de auxilio. El destino, entre tanto, sigue oculto y Francia, que lo barrunta sigilosamente, se distrae con el juego de su ingenio, maliciando que tanto Artigas como Ramírez, están secretamente entendidos para derrocarle.

IV

Artigas permanece inactivo. Y proclive su ánimo a la soledad, el hombre tiene tiempo de remontar pensamientos a los días de sucesos, de armonías y malquerencias con las autoridades del país guaraní. Este no había sido parte del Protectorado, como lo integraron seis provincias, pero el Jefe de los Orientales miró siempre con ojos de simpatía y provecho la amistad del Paraguay, sin la intención de conquista territorial, eso sí, que ambicionaran «porteñistas» e «imperialistas».

Recordaría Artigas a Fulgencio Yegros, presidente de la primera junta de gobierno, cuando teniente de milicias, en 1806, comandara el cuerpo de auxilios paraguayos a la defensa montevideana contra las invasiones inglesas. Y al soldado Rafael Baldovinos, que escapara de la ciudad conquistada para incorporarse al campamento de Las Piedras (6). Después, los lazos entre la Banda Oriental y el Paraguay se habían estrechado más: Artigas pedía la colaboración guaraní en su lucha contra Buenos Aires, bien que negándola Francia en su inflexible política anti-intervencionista. Pero en mejor ocasión, (1811-1812) se cambiaban las misiones de los capitanes Juan Francisco Arias, uruguayo y Bartolomé Laguardia, paraguayo. «...los vecinos Orientales, —decía el primer comisionado a Asunción—, se consideran uno con los paraguayos, en todas sus relaciones» (7) y el segundo arribaba luego al campo artiguista «con el pronto socorro de cincuenta zurrones de yerba y otros tantos de tabaco» (8) para el ejército de la Banda Oriental. «El general (Artigas), —rezaba la nota de Francisco Bartolomé Laguardia recibido jubilosamente en el Ayuí—, es hombre de entera probidad, paraguayo en su sistema y pensamiento, y tan adicto a la Provincia

(6) JUAN F. PEREZ ACOSTA, «Vieja Fraternidad» (Las invasiones inglesas. Su repercusión en el Paraguay), págs. 87 y 89, Buenos Aires.

(7) Párrafo del oficio de Artigas, fechado en el cuartel general del Daymán, el 7 de octubre de 1811 y dirigido a la junta de gobierno del Paraguay, presidida por Fulgencio Yegros.

(8) Párrafo del oficio de la junta de gobierno del Paraguay, fechado en Asunción el 9 de enero de 1812.

(Paraguay) que protesta guardar la unión con ella, etc.» ([9]). Es entonces «notable la identidad de las doctrinas paraguaya y oriental; las instrucciones de Artigas del año XIII y la nota paraguaya del 20 de julio de 1811, sostienen los mismos extremos. Desde la ruptura con Buenos Aires, el caudillo oriental trata de estrechar su vinculación con el Paraguay, donde tenía muchos amigos y simpatizantes. Cuando el gobierno de Posadas lo declaró fuera de la ley, hizo una seria tentativa para concertar alianza con el gobierno paraguayo contra Buenos Aires, etc.». «En lo hondo se agitaba el destino común creado por identidad de razas y costumbres en las mesopotamias que forman los ríos Paraná, Uruguay y Paraguay y la idea de una hermandad que se ha renovado como un espejismo tantas veces en la historia de esta parte del continente. Pero, sobre el mandato del corazón, sobre el amor a la aventura, sobre el anhelo expansionista, se impuso la política principista de no intervención» ([10]).

Un brillante oficial paraguayo, Vicente Antonio Matiauda, probado en empresas arduas. dominado por el espíritu de proeza y admirador de Artigas, responde un día al requerimiento de éste entendiendo que había sonado la hora de emprender destinos comunes. Artigas le persuade que debe perseguir al ejército del delegado de Buenos Aires, Pérez Planés, e insta al cónsul Fulgencio Yegros el envío de un comisionado para pactar alianza. Entusiasmado Matiauda con la propuesta, trasmite a los cónsules paraguayos la invitación de Artigas, que apoya calurosamente, exclamando: «Con algo más de energía y actividad, podemos hacernos de armamento y avanzar nuestras líneas hasta donde nos haga cuenta» ([11]). Y sin esperar la respuesta de la autoridad, se lanza a la lucha con 200 hombres de ofensiva. Los cónsules no consienten la empresa e invitan a Matiauda a retirarse de la contienda, mas el intrépido oficial abandona el ejército paraguayo y se plega a las fuerzas de Artigas, venciendo al delegado porteño en el pueblo de La Cruz, mientras las tropas del precursor cubren la costa del Miriñay.

Más tarde, ya investido José Gaspar de Francia en la dictadura del Paraguay, Artigas le envía un chasque «por cuyo conducto le manifestaba sus plácemes por el nuevo cargo que había alcanzado y al mismo tiempo le mandaba prevenir que el Gobierno de Buenos Aires, a cargo del director Posadas, andaba tramitando reservadamente gestiones para establecer una monarquía con un Príncipe

([9]) Párrafo de la extensa exposición del comisionado paraguayo D. Francisco Bartolomé Laguardia, a la junta gubernativa de su país, fechada en Salto Chico, el 2 de marzo de 1812.

([10]) JULIO CESAR CHAVES, obra citada, pág. 142.

([11]) Fragmento de la nota de Vicente Antonio Matiauda, a los cónsules del Paraguay, del 9 y 12 de febrero de 1814. (Archivo Nacional de Asunción, volúmen 61).

extranjero, etc.» [12]. Pero, Francia está que arde por la incautación artiguista de un armamento que conducía Juan Robertson en el Paraná y rompe relaciones con el Jefe de los Orientales. Este, envía entonces (marzo de 1817) un delegado especial al dictador «con la protesta de establecer relaciones amistosas», a fin de disipar la desinteligencia. Francia «rechazó indignado la propuesta de Artigas, haciéndole saber en respuesta que si no se le devolvía al Paraguay el armamento que se le había tomado, etc.», «no podía aceptar ninguna proposición de amistad. Artigas, por su parte, se indignó también con la contestación altanera del Dictador y trabajó en seguida con sus partidas hasta que consiguió hacer sublevar a los indios misioneros que pertenecían al Paraguay, los que incendiaron y destruyeron sus vivienda, etc.». «El Dictador tomó igualmente las medidas de seguridad en las fronteras, etc.» y «expulsó del país a varias personas que suponía en inteligencia con la gente de Artigas, etc.». «Parece que no procedió contra las partidas de Artigas, por el motivo de que recibió de éste un chasque con una nota en la que decía que deploraba los sucesos de Misiones y que toda la culpa la tenían las partidas del Comandante Ramírez, a quien le había reprochado no haber tomado medidas, etc.». «El Dictador hizo publicar las explicaciones por medio de un bando, pero no contestó la nota de Artigas, etc.». [13].

No fué eso todo. Artigas y Francia, dominadores vecinos ambos, uno en las vastas provincias del Protectorado y el otro en el Paraguay, tenían que chocar nuevamente. «El caudillo oriental no había olvidado el desaire sufrido cuando ofreciera la alianza, ni perdonado la prescindencia del Paraguay en la guerra con Buenos Aires. El único culpable de todo era Francia que había impuesto la política de no intervención contra la opinión de Yegros y Cavallero, partidarios de una acción expansiva que provocase la formación de un gran Estado constituído por el Paraguay, la Banda Oriental, Corriente, Entre Ríos y Río Grande del Sur» [14].

Artigas, jugando nuevas cartas, a lo Monterroso, estrechó contactos con sus partidarios del Paraguay como Fernando de la Mora, pluma y pensamiento de la independencia guaraní, a quien Francia expulsara de la junta gubernamental (18 de setiembre de 1813) y luego encerrara en la prisión. Movido de pugnacidad, Artigas planea el derrocamiento de Francia. Hostiliza a las partidas del dictador desde Corrientes y Misiones, perturba el comercio fluvial y conspira con el paraguayo Francisco Antonio Aldao, —residente en Santa Fe—, para

12) «El Dictador del Paraguay, Doctor José Gaspar Rodríguez de Francia», antecedentes reunidos en 1864 por Enrique Wisner de Mongester y organizados por J. Bóglich, en 1923; pág. 79, Concordia, provincia de Entre Ríos, República Argentina.

(13) ENRIQUE WISNER DE MONGESTER y J. Bóglich, obra citada, pág. 87.

(14) JULIO CESAR CHAVES, obra citada, pág. 189.

hacer intervenir al caudillo guaraní Manuel Cavañas contra el supremo gobernante. Artigas, en oficio remitido a Cavañas, indicaba que Yegros movilizaría gentes en la costa del Paraná, «mientras Cavañas las aprontaba en las Cordilleras, pues iba á pasar á la República á tomarla» y en caso de llegar al Paraguay «no ofendería a ningún paraguayo, sino que vendría en busca de la cabeza de su excelencia (Francia). Cavañas y Yegros serían los gobernadores» (15).

«¿Respondieron Cavañas y Yegros al llamado de Artigas? ¿Realizaron los trabajos de acuerdo con sus indicaciones? ¿Por qué fracasó la conspiración? Nada se sabe, etc.». «La conspiración del año 15 quedó en la sombra durante muchos años» y la «connivencia entre Artigas y Cavañas fué descubierta en 1822, etc.» (16) cuando ya había muerto el caudillo paraguayo de las cordilleras (Cavañas) lo cual no obstó que Francia reabriera el proceso contra el «trahidor á la Patria y al Govierno», que mantuvo «correspondencia con el malvado caudillo de bandidos y perturbador de la pública tranquilidad José Artigas, caporal de ladrones y salteadores, etc.», confiscando los bienes del extinto y destruyendo y borrando su título de coronel en todos los documentos públicos. Artigas, —que para entonces (1822) éstaba «bien guardadito» en el destierro de Curuguaty, no recibió acción punitiva del extraño y encapotado gobernante.

Fracasada pues la conjuración de 1815, Artigas desea congraciarse a toda costa con su antiguo adversario y signando pliegos de Monterroso, en tumulto análogo al del silencio, oficia acerca de la encarecida «estabilidad del dogma general», por lo que espera que el gobierno paraguayo se decida a entrar «en una combinación exacta con él (Artigas) para dar a la América un ejemplo de moderación» (17). Pero el dictador, prevenido y reconcentrado guarda silencio y da la callada por respuesta, en tanto que Artigas dispone interrumpir los negocios «con los que han renunciado a nuestra fraternidad» (18).

Tras tantas querellas, cuitas y escaramuzas como juego de actores en escena, la enemistad se ahonda. La pasión se exalta y el drama continúa. La aventura de Andresito, teniente de Artigas, arcángel guaraní de pómulos salientes y melena negra, posando sus alas de fuego en Candelaria, se había realizado por disposición de Artigas y en el preciso instante de la proyectada conjunción con Cavañas. «Francia aprestó un ejército numeroso, formó una escuadrilla y puso en movimiento a todo el país, anunciando una expedición reconquis-

(15) Proceso incoado a Francisco Antonio Aldao. (Archivo Nacional de Asunción, volúmen 81).

(16) JULIO CESAR CHAVES, obra citada, págs. 190 y 382.

(17) ARTIGAS a Francia, desde Paraná, el 21 de abril de 1815.

(18) ARTIGAS, a José de Silva, gobernador de Corrientes, el 18 de setiembre de 1815. (HERNAN F. GOMEZ, «El general Artigas y los hombres de Corrientes».

tadora, de 4.000 hombres, cuando recibió la noticia de que los 250 indios que estaban en Candelaria habían desaparecido, para irse con Andresito, etc.». «Este fué, a mi juicio, —declara un historiador—, el origen del profundo odio que tuvo Francia toda su vida contra el caudillo oriental. Marcado antagonismo existía ya, ciertamente. Vivían en tan distinta latitud moral! Pero el odio francamente expresado no lo vemos antes de ahora, sino después» (19).

Sin embargo... nueva tratativa amistosa de Artigas: en julio de 1817, escribe una vez más a Francia invitándole a un acuerdo. «El orden de los sucesos, —decía—, recuerda el de la más íntima reconciliación. No puede ocultarse a V. E. la importancia de este deber, sin desmentir nuestra antigua amistad y la energía que demanda el sostén de la libertad en estas provincias, etc.» (Monterroso puro). Coincidentemente, el congreso argentino de Tucumán busca también la conciliación de Francia, con el comisionado Miguel Calixto del Corro. Pero el soberbio dictador hace oídos de mercader a ambas propuestas. Ve en la cosa petardeo, interesada lisonja y, acostumbrado a lo suyo y sabiéndose fuerte, guarda silencio. Las palabras están demás, y debilitan. Recela que le cortejan por necesidad, como a disputada prenda y, todo inteligencia y serenidad inquebrantable, crece en la taciturna actitud del momento. Poco le da a su omnímoda autoridad, el halago exterior, la conjuración subversiva y hasta la voz escondida de una copla rompiendo el silencio de la medrosa población, bajo la dictadura:

«Viva el general Artigas
Con sus tropas bien formadas...» (20)

cantada por un grupo juvenil que fué a dar a la cárcel, años y años.

V

Fué en los tiempos de Asunción en sobresalto por la abortada conjuración contra la dictadura de Francia, que Artigas arribó a Candelaria. «El comandante militar de Yataity-Corá, Saturnino Blanco Nardo, (10 de setiembre), envía con el teniente Narciso Sandoval, un oficio a su jefe el general Ramírez (Francisco) y en él le da cuenta que estando de vigilancia para el caso de que el enemigo (Artigas) quisiera volver á atacar, mandó una partida de diez soldados y un

(19) FULGENCIO R. MORENO, «Artigas y el Paraguay», carta a D. Juan Zorrilla de San Martín, publicada en la «Revista Histórica del Archivo y Museo Histórico Nacional», 3er. trimestre de 1912, Nº 15, tomo V, pág. 726, Montevideo.

(20) CARLOS R. CENTURION, «Historia de las letras paraguayas», tomo I, pág. 201, Buenos Aires.

sargento a la Tranquera de Loreto, con el cometido de vigilar y comunicarle las novedades; que ha recibido del comandante de San Miguel, un oficio en el cual le dice, que llegó a un natural poblador de un terreno por esas inmediaciones, llamado Francisco Zarza, que viene de las Misiones, y que éste dice que el día martes 5 del corriente (setiembre de 1820) se embarcaron el general Artigas, Matías Abacú y otros de su tropa en el Paso de Candelaria, quedando las demás tropas en esta banda (Misiones), etc.», «al mando del oficial Nicolás Aripé y en compañía del Profesor Bonpland, etc.». Que «se hiciera dos partidos, tirando con sus armas de fuego, unos a la costa de Yberá (Corrientes) y otros al pueblo que fué de Loreto, y que igualmente recibe la noticia verbal de su capitán Acosta, de que un joven español, de apellido Malmoreda, que trabaja en las Misiones, hizo la relación del embarque de Artigas (de Candelarias a Ytapúa) siendo completamente conteste con la que hizo Zarza» (21). Por donde, alarmado Ramírez con el posible entendimiento de Artigas con el dictador soberano del Paraguay, reitera a éste sus protestas de adhesión, remitiéndole en rehenes «al comerciante irlandés Campbell, (Pedro, teniente artiguista) y al ciudadano paraguayo Bedoya (Juan) para ser castigados, bajo la custodia de su ayudante Villanueva. Francia apresa al ayudante Villanueva, envía presos a Villa del Pilar a Campbell y a Bedoya y no contesta al oficio de Ramírez, pues sospecha que Ramírez y Artigas están en combinación con la conspiración interior» (22).

Francia, asentado en el triunfo sobre la conjura de su pueblo y engreído con la sumisión de los caudillos rivales, no se siente ya antagonista de Artigas ni adversario de Ramírez, sino dueño aboluto de ambos. Ramírez, que había amagado una invasión al Paraguay, renuncia a esto comprometido como está en la embestida contra Buenos Aires, urdida por Monterroso. Artigas, que abrigara la esperanza de rehacerse, vislumbra en las noches de Ytapúa el término de su misión, marchando insensiblemente al abismo.

La frente decae entrando en sombras, agobiada por el peso de un tiempo largo, de una espera mortal. Se diría que la naturaleza, como el alma impalpable de las cosas, tiene instantes de revelación. No es senectud, pues florece aún la edad del hombre abierta desde muy temprano. Es la noche alta y profunda, la noche del alma en el término de los afanes, en el linde de las grandes distancias. «El héroe ha comprendido, —dijo el poeta de la patria—, lo que muy pocos comprenden en su caso: que su misión está cumplida» (23). Supo ganar muchas veces y ahora le toca lo más difícil: saber perder.

(21) PEDRO LAMY DUPUY, «Artigas en el cautiverio», pág. 117, Montevideo.

(22) PEDRO LAMY DUPUY. obra citada, págs. 117, 118.

(23) JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN. «La epopeya de Artigas. Historia de los tiempos heroicos de la República Oriental del Uruguay», tomo II, pág. 407, Montevideo.

VI

Al cabo de días de espera y de tinieblas, como en las neblinas matinales del mar, llégale a Artigas el mensaje del mandatario paraguayo. Es una orden, una orden perentoria. Y quien estaba acostumbrado a dictarlas, desde la cumbre de Purificación, debió aprender a acatarlas.

La disposición del doctor Francia, mandaba: «traslado de un cuerpo de caballería (a la frontera de Ytapúa) con instrucciones para que permitiese a Artigas cruzar el río (Paraná, desde Candelaria) con la mitad de su gente, debiendo la otra mitad esperar segunda orden». Seguidamente «el General Artigas pasó con 200 hombres, los que fueron desarmados, y la otra mitad, sin esperar la segunda orden, se retiró en desbande a las antiguas misiones jesuíticas destruídas. Artigas fué conducido bajo custodia a la capital y la gente que pasó el río con él fué internada en varios puntos de la campaña» ([24]). «A dos jóvenes sargentos, Ledesma y Alvarez, les tocó respectivamente ser confinados a Ypané y Tacuaty, etc.». «El general, que recibió esta nueva é inesperada contrariedad, se despidió de sus soldados, como lo dice el sargento Ledesma: cuando nos separamos en Ytapúa, el general y nosotros llorábamos» ([25]).

La gente que siguió a Artigas se estableció en un punto «distante como dos leguas de la capital (Asunción) en la jurisdicción del departamento de San Lorenzo del Campo Grande, sobre la orilla de un abra, etc.». «Para la instalación de los emigrantes se optó por el lugar ya citado, que es una hermosa llanura, apta para el cultivo, etc.», adjudicándoles a aquellos parcelas de terreno. «He aquí los nombres de algunos de los ochenta inmigrantes, de quienes sus descendientes y vecinos de la extinguida colonia, aún se recuerdan: Fermín Zeballos, Pedro Pereira, Pablo Zamora, Manuel Silva, José Cojonoro, Manuel Moreira, Gaspar Núñez, José Antonio Carvalho, Joaquín Pereira, Roque Jacinto Riveros, José Sarazá, Francisco de los Santos Inocencio Moreira y Donato Pereira; mujeres: Rita N. de Carvalho, Rosa Antonia de Moreira, María Clara y Elena Pereira, Dominga Maxa, Damiana Segovia, y otras, etc.». «Instalados que fueron en sus respectivos lotes, el Gobierno proveyó a cada varón adulto, de una yunta de novillos para amansar y convertir en bueyes, herramientas e implementos de labranza. Entre ellos, el que más pronto se distinguió por sus aptitudes y por la extensión de su cultivo, fué Donato Pereira, quien, además, se dedicó a la destilería de aguardiente, de la miel que producía su gran plantación de caña de azúcar, etc.» «...El gobierno no les puso trabas cuando instituyeron, como santo patrono

(24) ENRIQUE WISNER DE MONGESTER Y J. BOGLICH, obra citada, pág. 106.

(25) PEDRO LAMY DUPUY, obra citada, pág. 114.

de ellos, a San Baltasar, cuya imagen la habían traído consigo y se encontraba a cargo y cuidado del mismo Donato Pereira, en el oratorio construído al lado de su casa. Además, como era el más capacitado, se encargó de la enseñanza elemental de los niños de la colonia, etc». «Una de las mujeres se ocupaba de la educación de las niñas a quienes enseñaba labores hilados y el manejo de telares, produciendo lo inestimables tejidos criollos de la época. El idioma predominante en la colonia, era el castellano, o sea la misma lengua del país de origen, el Uruguay, hasta que al correr del tiempo y por el contacto permanente con los nativos, llegaron a familiarizarse también con las costumbres y el dulce idioma (guaraní) de ellos, etc.». «En fin, tan gustosas y contentas parecían vivir aquellas gentes, que no demostraban arrepentirse de la suerte que les cupo de haber peregrinado en pos de su jefe y compatriota, el General José Artigas, etc». ([26]).

Entre tanto Artigas, momentos antes de emprender la marcha a Asunción, «reunió a sus paisanos diciéndoles: señores, no olvidemos que tenemos compatriotas nuestros, prisioneros de nuestros enemigos en el Brasil, (entonces se hallaba el General Lavalleja y una porción de patriotas confinados en la Isla das Covras en Río Janeiro) vamos a reunir todo el dinero que nos queda y remitírselo a estos individuos. Efectivamente, la tesorería entonces del ejército era como en aquellos tiempos podía ser, para iniciar una cruzada como aquella, no tenía más que 4.000 patacones; se reunieron estos 4.000 patacones y les dijo: es preciso que alguno de ustedes lleve esa plata y vea medio de conducirla para los prisioneros que están en Río Janeiro, (Lavalleja, Bernabé Rivera. Otorgués, Andresito, Berdún, etc.) que disfruten de ella como el único resto de la libertad que nos queda. Efectivamente uno de ellos que no sabía el camino, un D. Francisco de los Santos, —sargento, me parece—, dijo: —Yo me animo. Se le acomodó el dinero en la carona y se dirigió como Dios le ayudó por estas campañas hasta poder dar con Río Janeiro. Allí se supo por la autoridad. por el Gefe que escoltaba á los prisioneros, que ese individuo llevaba dinero, porque él mismo se aventuró a decir al Gefe de la Fortaleza, que quería ir á ver a sus compañeros y llevarles un dinero que D. Gervasio Artigas les mandaba. Este individuo interesado puso preso a D. Francisco de los Santos, le robó el dinero y fué conducido a la fortaleza junto con los demás prisioneros en donde estaba esperando el General Lavalleja. Pero andando el tiempo les dijo lo que le sucedía y un día que el general Lavalleja estaba muy triste en la Sala, le preguntó el Conde de Viana que por casualidad me parece que se encontraba allí, cuál era la causa de su

([26]) HECTOR FRANCISCO DECOUD, «El campamento de Laurelty», págs. 13 a 19, Montevideo.

tristeza: señor (le dijo el General Lavalleja) somos tan desgraciados que hasta que un socorro que nos han mandado para llenar nuestras necesidades, no lo hemos podido obtener; y la energía del Conde de Viana, sus deseos humanitarios, hicieron que diera parte á la autoridad; y puso los medios para la averiguación de aquel hecho. Se hizo efectivamente la averiguación, fué preso el Gefe de la Isla en que estaban prisioneros, y para honra del Brasil y sus autoridades, la cantidad que había sido robada por el Gefe de la Fortaleza fué distribuída personalmente con arreglo a la voluntad del General D. Gervasio Artigas, etc.». (27).

«Artigas salió indigente de la tierra que libertara; indigente entró en la que le dió de limosna su último pan y su sepulcro. Su familia queda en la indigencia; en Montevideo está su mujer enferma, su pobre Rafaela (Villagrán) que muere en esos momentos, precisamente; su hijo de pocos años (José María) que queda huérfano, pobre, pobre para siempre». (28).

En Montevideo mismo y por ese tiempo, escaseaban las noticias de Artigas, sabiéndose, sin embargo, que el embajador español en Río de Janeiro «tenía una Patente Real para remitir á Artigas» (29) o que, según informes de Ramírez, el héroe había «sido preso en Candelaria por los paraguayos a quienes iba á solicitar para que le auxiliasen» (30), o aún añadiéndose luego con sorna «que el Patriarca está de frailes Francisco, está mejor sirviendo a dichos frailongos, no creo que sea por su voluntad». (31).

VII

De la noche a la mañana, pues, devorando las horas de insomnio, todo se consumaba trocándose el drama en endecha, la amena-

(27) «Diario de Sesiones de la H. Cámara de Representantes, Segundo período de la 9ª legislatura, tomo quinto, 40ª Sesión Ordinaria (19 de marzo de 1862) pág. 106, Montevideo, 1864. Exposición del representante D. Pedro Díaz, a propósito de un proyecto del diputado D. Tomás Diago, de erigir una estatua ecuestre de bronce, de tamaño natural, de José Artigas, en la Plaza Independencia, (Montevideo).

(28) JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN, obra citada, tomo II, págs. 404, 405.

(29) Fragmento de un oficio de Carlos Federico Lecor, Barón de la Laguna, a Tomás Antonio de Villanova Portugal, fechado en Montevideo el 6 de setiembre de 1820. «Annais do Ytamaraty», vol. VII (III Colección Cisplatina) págs. 207, 208, Río de Janeiro.

(30) Fragmento de un oficio de Carlos Federico Lecor, Barón de la Laguna, a Tomás Antonio de Villanova Portugal, fechado en Montevideo el 25 de octubre de 1820. «Annais de Ytamaraty», vol. VII (III Colección Cisplatina), pág. 224, Río de Janeiro.

(31) Párrafo de una carta de Cipriano de Urquiza a Francisco Ramírez, en Concepción del Uruguay, el 19 de noviembre de 1820, publicada por Hernán F. Gómez, en «Corrientes y la República Entrerriana», pág. 71, Corrientes.

za en sosiego; la gesta, reducida a fábula; el sueño, hecho ceniza de un día postrero. La emoción de la víspera, diluída en cansancio; el velar, apagado; la historia, tejida de mitos tal que enigma en la pálida sonrisa del prisionero. El dolor de lo efímero, sudario del tiempo para la posteridad. ¿Era posible?

Ahí, como en duelo de su gloria, está Artigas sometido, llevado en custodia hacia Asunción. Los días son de fuego, las noches claras, en cúpula estelar. ¿A qué pasiones del hombre no pueden parecerse? La imagen, la poesía viste el alma de las cosas, pero la sangre es animante y nutre el corazón de la historia.

Artigas, lindando en los 56 años, asciende playas arriba del Paraná. La escolta de los húsares abre el camino y el caballo guía al héroe antiguo por el país de las selvas y las llanuras palustres. La naturaleza es otra de su solar uruguayo y el lenguaje de lo hombres, —el guaraní—, distinto del que articuló y escribió rigiendo a los pueblos. Pero el cautivo ya conoce a una y a otro, desde que anduvo en las fundaciones y contiendas de Corrientes o de las Misiones. Sólo es igual y el mismo siempre el idioma aglutinante de la noche, el del sigilo y el de las fieras del bosque que hablan al silencio. ¡Cómo ha de oírlo la soledad altiva de Artigas, lejos de todo afecto de la sangre y de toda amistad de la vida!

Una leve esperanza enmarañada en el duelo, refleja aliento: el de tratar al doctor Francia en Asunción y convenir, acaso, un futuro acomodado al interés común. Pero es pregunta muda, que vaga en la sombra como el fugitivo, derrotado, con la vida sujeta, entregada, rendida al arbitrio ajeno, a la clemencia de poderoso rival.

El paso procesional es tardo y solemne en la noche sin emboscada ni culpa, que desciende del firmamento hasta la densa oscuridad de la tierra. Los hombres que transitan, de ojos iluminados, calculador ingenio y mejilla enjuta, hablan poco su lengua de astucias, con el pensamiento al revés, articulado en el canto de los pájaros y los rumores del bosque. Son seres lentos en su palabra y en su trajinar, a sabiendas de que las cosas aguardan sin prisa. Parece que en un dos por tres aprenden cómo se vive en el aire, en la tierra y en el agua. Cualquiera de ellos puede saber a oscuras si atraviesa por una grama o un trebolar. Recios guaraníes, tienen voluntad y un sentimiento solo. Marchando acompasados, Artigas ha de notarlos distintos de las amalgamas de pueblos orientales y occidentales del Paraná, porteños y provincianos, caudillos y doctores, republicanos e imperiales, magnates y esclavos del Brasil, que se odiaban a muerte y mantenían la discordia «sistemada». ¿No serían los paraguayos un producto genuino, raíz aborigen como el ceñudo mandatario de la Asunción? Todo el estilo de ellos parecía venir de lejos, de atrás de la historia como el solar centenario, primer centro fundacional de la región, creando a su in-

flujo a Santa Fe, Corrientes, Concepción del Bermejo y Buenos Aires en la República Argentina; Ciudad Real y Jerez en los Estados Unidos del Brasil; Santo Domingo Soriano, la primera población estable de la República Oriental del Uruguay. La Banda Oriental de Artigas, semejantemente sometida a los peligros vecinales que amagaran al Paraguay, pero más inquieta, libre y geográficamente determinada, debió forjar contextura recia para no quebrarse, tarea bien difícil por la desintegración de su gente, cuando el protector de los pueblos se hundía en la profundidad de la noche.

VIII

El trayecto es largo, —76 leguas—, y lleva días enteros hasta Asunción, atravesando boscajes, llanuras onduladas, ríos y aguazales. Jornada tras jornada, se arriba a la vieja población de Villarica. El sol de fuego da para descansar y las horas restantes para seguir la marcha silenciosa, con la ansiedad del caudillo sin eco. Donde hay selva, troncos semejantes a opulentas raíces multiplican su miembros ávidos de enlazar, de estrangular el laberinto inmóvil de la espesura y un vaho sube del suelo empapado en savias acres. Entonces alguna flor del aire, suspendida en el vacío, sonríe al azar.

Pasando los cauces del Tebicuary y del Tabicuarimí, donde chapotean y nadan las cabalgaduras, se acerca el centro antiguo de Ybytimí con sus colinas y la cordillera de los Altos. Las poblaciones magras del valle, —como Valenzuela e Ytacurubí—, acostadas en el cruce de los caminos, ofrecen horizontes menudos, ondulaciones perezosas, perspectivas acortadas por plantíos en la placidez familiar de los huertos. Las cosas agazapadas, no recuerdan todavía, no ven a la caravana, como si se resignaran definitivamente a su melancólica soledad. Después, tierra rojiza, calcinada por el sol, sostiene unas zarzas secas cuando la temperatura, de puro excesiva, parece enconarse con el jadear de las caballerías.

Siguen llanuras, nuevos cursos de agua, Caraguatay primero, a la derecha el río Yhaguy y planicies de naranjales y limoneros hasta Sapucai. Cadenas boscosas, Paraguarí, de memorable recuerdo triunfal; vastos prados, declive de un collado y corrientes grisáceas del Mbaey y Caañalé, para hacer un alto en la comarca de Piribebuy, de exuberante vegetación y clima más benigno. Pocas jornadas más y el risueño Ypacaraí, la Areguá florida de palmeras, aparecen al borde de la noche. En seguida, los aledaños capitalinos, las ruas estrechas y dormidas, la guardia policial, los pórticos, arquitrabes y perfumados patios de Asunción.

Las sombras, que todo lo envuelven, no han dejado ver, casi, el río madre de la ciudad. Pero ya sabrá de él Artigas, cruzándolo en pleno día, desde su orilla cóncava poblada de lapachos o de plantas

que bogan en sus aguas bermejas, como un incierto destino. La puesta de sol había sido suave, la noche vigilada por la constelación austral y la alborada misteriosa, envuelta en un halo de niebla.

La vida es, en cierto modo, enlazar, relacionar, fundir, lo que jamás ha estado conectado. Es, como la poesía, tener en la conciencia el vislumbre de cierta realidad alcanzada únicamente por caminos de profunda simpatía. Quien vive de verdad, vive en acción de cosas auténticas, para ser combatido, zaherido, traicionado, pues que luchando con la certeza para apoderarse de ella, tiene que gastar fuerzas y despeñarse alguna vez.

IX

Esa misma noche de entrar Artigas en Asunción y tal como lo dispuso el dictador, el caudillo «fué hospedado en una celda del Convento de los Mercedarios y los dos asistentes en un calabozo de la Aduana, en donde se encontraban los presos llamados *porteñistas.* Al entrar en Asunción, la Comisión que conducía a Artigas, lo hizo por la calle Manorá, hoy General Genes, desviándose por Tapé poí, camino tortuoso que se bifurcaba de ella y corría hasta el Puerto de Marte, sobre el río Paraguay, al Oeste de la después llamada Batería Calera, cuyo camino forma hoy parte de las calles Cerro Corá y Oliva. La Comisión se detuvo frente al gran zaguán del Convento de las Mercedes, que se encontraba entonces sobre la hoy calle Oliva, casi esquina Independencia Nacional, en los fondos del actual Mercado Central». (32).

Francia manda recluír a Artigas en la casa conventual citada, proveyéndole de todos sus menesteres. «Mandé un oficial con veinte húsares, —informará luego el dictador—, para que lo trajesen aquí (Asunción) y se le retuvo recluso algún tiempo en el convento de Mercedes, etc.» (33). Después, le será «data ciento cincuenta pesos y cuatro reales corrientes que en ciento cincuenta pesos plata se han remitido de esta Tesorería al comandante de la Villa de San Isidro (Curuguaty) don Manuel Villalba, para mezada de Don José Artigas, refugiado en esta República, en virtud de la suprema orden de nueve de abril del presente año, etc.», pensión la única civil graciable de que haya memoria en el gobierno de Francia, «doblemente excepcional, y desde luego no inferior a la remuneración de los funcionarios de su mayor confianza». Y, «otro asiento de la época, (obrante a fs. 44 del libro de tesorería del año de 1820) en que se refugió Artigas en el Paraguay, dice en el rubro de egresos: son data

(32) HECTOR FRANCISCO DECOUD, obra citada, pág. 11.

(33) Párrafos de la citada (nota 3) comunicación de Francia a D. Bernardo Velázquez, comandante de Fuerte Borbón, del 12 de mayo de 1821, Asunción.

doscientos noventa y cinco pesos y tres cuartos reales á que ascieden las cantidades que en virtud de supremas órdenes verbales fueron contribuídas para el mantenimiento de D. José Artigas y en pago de varios artículos y útiles comprados para su gasto y servicio, etc.» (34).

Años adelante, (1833) Francia proclamaría sus prodigalidades con Artigas, en tono de innoble satisfacción, diciendo:

«...viniendo (Artigas) últimamente sin rubor después de tanto ruido, alboroto y afectada valentía, o fanfarronada, ya que se vió arruinado y perseguido de muerte aún de los suyos por consecuencia y efecto natural de sus desórdenes, locuras y desatinados procedimientos á implorar la clemencia y amparo del mismo Dictador, cuya caveza había ofrecido llevar, el que reventando de generosidad sin embargo de que el alevoso y bárbaro malévolo no era acreedor a la compasión, no solamente lo admitió, sino que ha gastado liberalmente centenares de pesos en socorrerlo, mantenerlo y vestirlo, haviendo venido desnudo sin más vestuario ni equipage, que una chaqueta colorada y una alforxa, sin que los ruines aturdidos y revoltosos que fundaban en el las mayores esperanzas de Govierno, ventajas y adelantamientos, le huviesen hecho la menor limosna, o socorrido en agradecimiento de sus grandiosos o graciosos ofrecimiento, viéndolo en tal angustia y fatalidad, que acaso la Providencia há permitido, para que los ilusos o deslumbrados, los facciosos, los depravados encubiertos, y los deseosos de trastornos políticos abran los ojos, y entiendan que las gentes de otros Países, envidiando y odiando al Paraguay por no haverse sometido a sus ideas de logro, predominio y conveniencia, lo que desean y buscan es la ocasión de entrar a apoderarse del estado, engañando a los incautos, y simples, etc.» (35).

En oposición a dádivas y regalías «reventando de generosidad», Francia, cancerbero y relator de Artigas, se niega a entrevistarse con él. No permite al prisionero, —declara el dictador en su célebre oficio—, «comunicación con gente de afuera, ni haber podido jamás hablar conmigo, aunque él lo deseaba, etc.», añadiendo a guisa de ejemplo ilustrativo: «Al Craveiro que le dijo que Artigas estaba aquí bien guardadito, le hubiese usted (Bernardo Velázquez) dicho que Bonaparte, que fué emperador de los franceses, estaba igualmente bien guardado en poder de los ingleses, a donde se refugió en su última desgracia, etc.». (36).

La tradición histórica uruguaya y la paraguaya, mantienen la

(34) Libro de tesorería del gobierno del Paraguay, en el Archivo Nacional de Asunción, según referencias de Juan F. Pérez Acosta, en su obra citada (nota 6) págs. 79 y 80.

(35) Auto de Francia, del 3 de agosto de 1833. Archivo Nacional de Asunción, Colección 81.

(36) Párrafos de la citada comunicación (notas 3 y 33) de Francia a D. Bernardo Velázquez.

recelosa actitud de Francia contraria a todo trato personal con Artigas. Parece no haber razón, en este caso, de rectificar al taciturno «solitario de Ybiray», hombre estrambótico, lleno de tinieblas, desdenes y musarañas, temeroso de amar y compadecer. Sin embargante de aquello, corre en la historia nacional una versión asegurando que «Francia, cuando llegó Artigas al frente de la casa de Gobierno, lo recibió y habló con él como unas dos horas; de allí salió aquel con su negro Martínez y un ayudante de Francia, y fué a hospedarse al Convento de la Merced, con orden de que fuera bien tratado, pero que hiciera ejercicios y se confesara». (37).

De resultar verídico el encuentro nocturno de Artigas con el gobernante paraguayo, lo evidente es que no se repitió, pues el cautivo «no pudo hablar con el dictador, a pesar de haberle pedido al prior del convento, por reiteradas veces, le hiciera llegar a su conocimiento sus deseos de entrevistarse» (38). Sin duda fué así y no faltó pluma obsecuente de algún fraile que, poniéndose a tono de la sumisión universal por el mandatario, redactó un oficio meloso, firmado por Artigas, en los siguientes términos de cortesanía:

«Exmo. Sñor. — La suprema benignidad, con que V. E. se ha dignado comunicarme la muy justa y conveniente determinación de mi destino y residencia, que tan gustosamente he aceptado, ha animado así mismo mi confianza, para creer me sería devido y necesario en esta ocasión, dar a V. E. una incinuación de los deveres de gratitud, que en medio de tan Crecidos favores con que me veo colmado, estrechan mi voluntad al supremo generoso cariño de V. E. Cuyo conosimiento me ha erigido ya muchas veces, á fuerza de convencido de las multiplicadas finezas de V. E. á darle una señal de mi fiel reconocimiento, pero escusado hasta ahora, atentado á no interrumpir los supremos respetos de V. E. bien constituídos y dignamente empleados en las ocurrencias, que me he figurado muy frecuentes; no menos que por estar instruído por las órdenes supremas de V. E. con que el Padre Superior de este Convento me previno continuar en esta forma hasta otra providencia.

«En esta Virtud, y como conosco ya devidamente que la generosidad suprema de V. E. se halla empeñada en multiplicar los obsequios a mi persona, y favorecer a un individuo desnudo del todo de méritos para con V. E. no queda por cierto un lugar a mi disimulo para omitir una demostración como la presente, que refiera a V. E. mis finos agradecimientos, y avive la ancia de mis deseos con que cada momento anhelo a conocer y tratar a aquel bienhechor, en cuya suprema nobleza de bondad, puedo sin otra cosa solo contemplar-

(37) JUSTO MAESO, «El general Artigas y su época, Apuntes documentados para la Historia Oriental», tomo II. pág. 261, Montevideo.
(38) HECTOR FRANCISCO DECOUD, obra citada, pág. 11.

me digno de alguna consideración. Baxo este supuesto mi gratitud, que reconocida no encuentra otro título de ser con igual afecto correspondiente a finezas tan distinguidas, sino constituyéndose á vivir responsable y obligado para siempre á V. E.; cuya suprema protección deve ser el apoyo de su seguridad, es también la que puede asegurar de mi parte, no miro ya otro objeto de felicidad en quien depositar seguramente mis esperanzas, sino la suprema mano de V .E. favorecedora y asilo de mi conservación y libertad. Estos motivos que fundan toda mi confianza y producen mi entera satisfacción, no me dexan otra cosa que ofrecer a las supremas disposiciones y arbitrio de V. E. que toda mi persona y cuanto en ella conviniese haber de utilidad y conveniencia a su supremo servicio: quedando desde ahora en adelante enteramente constituído y en todo acontecimiento pronto aquanto me ordenare cumplir, como otro súbdito más, que conoce fiel la Obediencia dela suprema autoridad de V. E. Réstame entretanto, para ser más obsecuente alas órdenes del supremo agrado de V. E. merecer, que aceptando por justa esta mi satisfacción, la reciva como una señal de mi fidelidad y rendimiento: de loqual y detodo lo demás ,que me conosco deudor a la liberalidad suprema de V. E., rendiré las más espresivas gracias. Nro. Sñor. guarde la suprema importante Vida de V. E. muchos años. Diciembre 27 de 1820. — *José Artigas.*

«Exmo. Sñor. Dor. Dn. José Gaspar de Francia, Supremo Dictador de esta República del Paraguay». (39).

Artigas vencido, humillado, vejado en súplicas de vasallo. ¡Qué mayor penitencia a su altivez! ¿Qué derrotas políticas de asambleas, ni contrastes a campo abierto, parecidos a la entrega de su voluntad? ¿Qué cosa semejante a perder la libertad, melancólicamente callado como una gran expiación y expresarse, en vez, forzado por la gratitud y la conservación?... ¡Oh, la hospitalidad y el supremo desprendimiento! ¡Oh, los tiempos heroicos de Purificación y su gloria culminante, la palabra rectora y estilo hecho brasas! ¿Dónde, sino, vivir en el ayer? ¿Con qué dádiva, con qué derramada lisonja y sumisión, sofocar el resplandor de la aurora?

La Bruyère tiene razón cuando observa que se depende de los lugares por el espíritu, el humor y las pasiones. El medio y la geografía suelen hacerse cómplices de la historia, pues una selva opaca, una comarca cribada por la delación, un estuario sin límites como el Plata o un alma transida en el despotismo, no son cosas indiferentes al curso de los sucesos. Además, el ciego engranaje de la función cotidiana en la vida del ser, puede adueñarse de su destino, encau-

(39) Archivo Nacional de Asunción, Vol. 62, Nº 1-12. Publicación de Luis M. Baumgartner, bajo el título «Artigas en el Paraguay, etc.», en «Diario del Plata», del 22 de octubre de 1931, Montevideo.

zando el torrente de los hechos, desbordándolos en forma imprevista. Y quien no se sepa determinado, en parte, por lo que está alejado de su objeto propio, tendrá, tan sólo la apariencia de las realidades, el «*such stuff as dreams are made on*», que dijo Próspero.

X

Artigas, desventurado huésped, insiste en entrevistarse con «El Supremo», «a objeto de trasmitirle importantes datos». Entonces Francia envía a su secretario «a donde estaba Artigas, para que le trasmitiera los datos de importancia que tenía. Artigas manifestó a Martínez (el secretario) que las continuas luchas que había sostenido con los portugueses y los porteños, lo tenían cansado, sin embargo, con todo habría continuado defendiendo aún sus patrióticos propósitos sino hubiera penetrado el germen de la anarquía entre la gente que obedecía sus órdenes; que habiendo tenido que sostener una lucha cruenta, tuvo que abandonar el terreno, dejando triunfante a los facciosos; pero que si el Dictador se dignase ayudarlo, no tendría inconveniente en volver para reducirlos, y castigar severamente a los traidores, comprometiéndose formalmente a defender en todo terreno al Gobierno del Paraguay; que esos mismos facciosos con el jefe traidor que los capitaneaba, querrían atacar al Paraguay para producir un cambio de gobierno que le fuera adicto a ellos, pero que él siempre se negó a aceptar tales proposiciones; y que finalmente, si no aceptase lo que le solicitaba, se dignara permitirle un asilo á él y á su gente en las Misiones, quedando siempre á las órdenes del Gobierno del Paraguay. El Dictador oyó con calma la relación trasmitida» (40), meditó y no accedió a verse con Artigas. Respondió con su idioma venal de obsequios, prendas de vestir y dineros, para «el reducido á la última necesidad». El déspota «tiene su águila en su jaula de pájaros» (41) y cuando la fama póstera, habrá de proclamar con acento conmovedor: «Era un acto no sólo de humanidad, sino aún honroso para la República, el conceder asilo á un jefe desgraciado que se entregaba». Sin duda y reconozcamos el acto como Artigas lo agradeció, más sin llegar a los extremos del historiador paisano del doctor Francia, cuando exclama admirado: «¡Qué hubiera sido de Artigas, a no haberse refugiado en el Paraguay!» (42). Pues volviendo los términos de la exclamación, cabría interrogar: ¿Qué habría sido del honor paraguayo, negando refugio a Artigas? Francia no fusiló, no encarceló al proscripto, pero lo alejó despec-

(40) ENRIQUE WISNER DE MONGESTER y J. BOGLICH, obra citada, págs. 106 y 107.
(41) JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN, obra citada, tomo II, pág. 424.
(42) CECILIO BAEZ, publicación citada. (Asunción) y «Revista Nacional», año VIII, Nº 74, Febrero de 1944, pág. 215 (Montevideo).

tivamente de sí, sepultándolo a la distancia. El sabría por qué y Artigas miraría con gusto morar a campo abierto, como su vida entera.

«Un mes y siete días después de la llegada del importante huésped, al decir del prior del monasterio, el dictador mandó á uno de sus ayudantes á llamar al comandante de Curuguaty, que se presentó a los siete días. Esa misma noche, un ayudante del dictador fué a llamar a Artigas, y cuando éste estuvo en la puerta de la calle, aquél le ordenó montara a caballo y lo acompañase al comandante de Curuguaty que con diez hombres lo aguardaba. Artigas montó á caballo, y colocándose a su lado el comandante, le dijo «marchemos» y continuaron adelante, seguidos de los diez hombres, etc.». «Artigas llegó al pueblo de Curuguaty, 210 kilómetros hacia el Este de Asunción, y el comandante que le acompañaba lo alojó en una casa de dos cuartos que se encontraba en la acera de la plaza de la iglesia, al lado de la Comandancia, y le notificó que estaba en libertad, pero que no podía salir más de diez cuerdas de distancia del contorno del templo» (43).

Artigas «supo entonces mantener el noble temple de su alma, devorando en silencio los ultrajes y aceptando con entereza el infortunio», —comentó el vindicador del Jefe de los Orientales (44), al referir la determinación de Francia de quitarse de encima a Artigas separándolo de la capital. Días y días de cavilosidades habían ocupado el ánimo del «Supremo» en busca de lugar aparente para el prisionero; y al cabo de tanto ir y venir con el pensamiento, decidió confinar a su cautivo en el paraje de San Isidro el Labrador (Curuguaty), tras lomadas y cordilleras, bien distante de toda relación y tan sólo próximo a la frontera del Brasil. ¡Cómo para evadirse y sortear la persecución lusitana! Rancho para habitar en la región; tierra de sembradura, un asistente, instrumentos y animales de labranza, ropa y estipendio de onzas mensuales, regalo todo del doctor don José Gaspar de Francia y Velasco.

. . . .

«Las siestas del Paraguay, son más silenciosas que la noche. La tierra se envuelve en un resplandor cegante, y un murmullo viaja en la brisa que pasa. Seres y cosas descansan en un medroso recogimiento, y la selva, la vasta selva sonora, que ha dejado de entonar sus órficos himnos, causa, a pesar de la claridad diurna, la impresión de un templo vacío inundado de sombras. El hombre se inquieta frente al hermetismo de la naturaleza, bajo el peso de un silencio que agobia. De pronto, un grito que parece un canto de ave, rompe el solemne mutismo de la siesta: —¡*Yacy Yateré!* Aquel canto que vibra en el seno de la luz, que parece la expresión sonora de la luz

(43) HECTOR FRANCISCO DECOUD, obra citada, págs. 11 y 12.
(44) CARLOS MARIA RAMIREZ, «Artigas», pág. 288, Montevideo.

misma, agita todo el subconsciente humano, a pesar de la mente que quiere razonar, buscando la causa del fenómeno. —¡*Yacy Yateré!* Vuelve a elevarse aquel silbo que parece un canto de ave. Los sabios dicen que, efectivamente, lo emite un pájaro que nadie ha logrado identificar. ¡Pero qué saben los sabios! El pueblo mantiene su fe en las viejas creencias guaraníticas. Genio travieso de la siesta, Yacy Yateré resiste al ardor solar como la salamandra al fuego. Danza entre torbellinos de luz, sobre el arenal calcinado de las carreteras» (45).

La siesta larga de Curuguaty tiene la voz misteriosa del Yacy Yateré, como un eco de la selva infinita. Pero, desde que Artigas mora en la soledad campesina, parece surgir un enigma perdido en el silencio como la gran tristeza de la tarde que muere. Enigma de lo que es, de lo que ama, de lo que espera y sucederá.

XI

Lo que sucede es viejo y melancólico como un árbol tronchado: veinte años de destierro en apartado mundo. Otra vida, más del doble de larga que la de capitán de milicias, caudillo de masas, norte de ideas y generador de pueblos. La emoción patriótica, la poesía y el discurrir armonioso, modulan trenos, porque la soledad de un hombre como Artigas cautiva a la imaginación. ¿Para qué, sino, el idioma del sentimiento?

El caudillo antiguo «vivía en plena naturaleza, frente a vastas y hermosas perspectivas; tenía un caballo, un arado, un ibyrapitá frondoso a cuya sombra descansar en las horas ardientes, unos vecinos ingenuos con quienes cambiar algunas palabras, y en ciertas circunstancias algunas monedas que distribuir entre los pobres. Y eso parecía bastante... Un león acorralado, herido, despechado o rugiente, no vive tanto tiempo dentro de una jaula de hierro, por vasta que sea. Artigas vivió» (46). Sus trabajos y distracciones eran de manera de obligar a propios y a extraños a declarar que llevaba una vida ejemplar, desbordante de generosidad con los pobres, de tal modo de concitar la desconfianza de Francia y suprimirle un día la pensión que le había otorgado.

¿Qué fuerza le sostuvo? La misma de siempre para afrontar la vida sin doblez, descarnadamente, con tensa energía en la voluntad y silencio sin quejas ante lo irreparable. Era la fuerza de sus decisiones, categóricas, irrevocables: su ruptura con Muesas, su apasionado abrazo a las ideas republicanas, su partida del hogar, la retirada impetuosa de Montevideo, el tránsito al Ayuí, las alianzas y los con-

(45) J. NATALICIO GONZALEZ, «Proceso y formación de la cultura paraguaya», tomo I, págs. 304 y 305, Asunción.
(46) AMADEO ALMADA, carta-prólogo del libro citado, «Artigas en el cautiverio», de Pedro Lamy Dupuy.

gresos, la lucha agotadora, el rechazo de honores, el credo de Purificación, el contraste recio, la sorpresa, el dolor, la soledad en fin, como fortaleza de alma templada. El nivel para apreciar el fruto del hombre y su raíz en la vida, es la capacidad de soportar la tribulación, la fatiga, la injusticia y el dolor.

Ya en profunda quietud del espíritu, la visión de la patria lejana debió confortar la realidad del destino. La historia asomaba en el tiempo como sol distante, sin proferir palabras. Pues si al parecer de los hombres, —visitantes e interlocutores de Artigas en Trinidad, (Ybiray)—, este esquivó referirse a la tierra natal, jamás asomó a sus labios la sombra de un reproche a quienes le sucedieron. La dignidad era patrimonio de su grandeza.

¡Cuánto hubiera deseado Francia competir con él en lides famosas! Pero, como en más de una ocasión, la cautela vence al riesgo anulando hazañas. El asilo y la dádiva son un vencimiento, el único capaz de halagar a las almas pálidas sumidas en el desdén. Quieto el cautivo, paciente, cortés y sufrido ante el poderoso henchido de esplendidez, muestra Artigas la conformidad poco común entre desterrados e ilustres proscriptos americanos, desde el Caribe al Plata. Este es todo su enigma en el silencio de treinta años.

Francia, *rara avis in terra*, de sombrío rostro y porte altanero, hombre de letras que ama el mando y ejerce el poder absolutamente; que no cobra sus sueldos y vive pobre; que rechaza popularidades, no tiene amigos, ni afectos del corazón, ni parientes, ni allegados y en vez todos vasallos para privaciones terribles; que hay que «entrar en su alma con escala y linterna» [47] tantas son las venganzas que la oscurecen y que ejerce con largueza encarcelando, desterrando y segando cabezas; que persigue sin tregua a la inteligencia, pues que no admite más que la suya; que huye del bullicio y agazapado en antro silencioso paga la delación y sofoca el entusiasmo; que no desea educar a nadie y que al fin de su dilatado mando declara: —«Después de mí, vendrá el que pueda» [48]. Este personaje sin igual ni parecido, en sus merecimientos e inculpaciones, detesta a Artigas, le vigila taimadamente y le abre las puertas tapiadas de su país. Hombre de mando, se siente regenerador y leccionista a lo Rousseau y en lugar de encarcelar al fugitivo, salva las apariencias del decoro y le recomienda lave sus culpas orando y confesándose. Francia, el hombre más descreído del mundo, o el diablo metido a predicador, para tema de un juego escénico con pasos de tragedia y ribetes de encrucijada. ¡Cómo se parece más la vida a la comedia, que ésta a la vida!

(47) JUSTO PASTOR BENITEZ, «La vida solitaria del Dr. José Gaspar de Francia, dictador del Paraguay», pág. 18, Asunción.

(48) JULIO CESAR CHAVES, obra citada, pág. 354.

¿Qué hay en el fondo de su conducta con Artigas? ¿A qué atribuir la inusitada actitud? «¿Era temor?... ¿Admiración?... ¿Simpatía?... ¿Compasión, acaso?... Hay que mirar mucho y tener buena vista, para percibir algo de lo que pasa en los adentros del viejo lobo. Tratemos, sin embargo. Usted (Juan Zorrilla de San Martín) sabe que Francia tenía gran admiración por Napoleón; era su héroe. Así nos cuenta Rengger que recogió de los labios del Dictador la apología del Gran Capitán. También usted sabe que nuestro personaje profesaba gran respeto por Inglaterra. Admiraba sus instituciones, su gobierno, su estado social, su empuje económico. Tanto entusiasmo le infundió, que quiso celebrar con ella un tratado de comercio y recomendó a Robertson aquella famosa misión en que nuestro plenipotenciario (del Paraguay) debía presentarse a la Cámara de los Comunes, con una bolsa de yerba, un fardo de tabaco y un lío de ñanduty, a proclamar en voz bien alta las excelencias económicas del Paraguay. Cuando Artigas pidió un asilo al Dictador, éste andaba aún impresionado por la desgracia de su héroe (Napoleón). Así refiere Rengger que habló con él. Pero creía que los ingleses se habían conducido generosamente con Bonaparte, ofreciéndole *un refugio en su última desgracia.* ¿No habría influído todo esto poderosamente en la conducta del Dictador, de ese hombre de un amor propio sin límites, que aspiraba a aparecer ante el mundo como el único gobierno serio y culto de esta parte de América? El mismo nos da la contestación en un documento que usted ha publicado: «Era un acto honroso para la República, —dice—, el conceder un asilo a un jefe desgraciado que se entrega, etc.», Artigas, *bien guardado,* como el emperador de los franceses, «en poder de los ingleses, donde se refugió en su última desgracia; y aunque estaba en guerra con ellos y fueron los ingleses sus mayores enemigos, lo recibieron y lo mantienen hasta ahora asistido generosamente». «El Dictador ignoraba los tormentos de aquella águila enjaulada» (49).

XII

En la riente comarca de Curuguaty vive Artigas labrando la tierra y dándose al trato de vecinos humildes, sin rivalidades ni codicias. Mora en casa de la familia de Rojas y su chacra dista unas diez cuadras de la misma. «En 1892, —refiere un testigo—, tuve ocasión de visitarla (la casa); era espaciosa, construída de ladrillos y adobes, de teja, a una cuadra de la casa principal, dando frente a la que se llamaba el colegio de los jesuítas, entonces ocupada por las

(49) FULGENCIO R. MORENO, fragmento de la carta citada (nota 19), pág. 726.

autoridades» ([50]). Llevaba Artigas una vida ordenada y frugal, «sin más compañía que un hermoso perro, fiel y leal compañero que le acariciaba en su soledad» ([51]). Sus paisanos de la colonia de Laurelty están lejos, sus compañeros ausentes o aprisionados algunos, como Fernando de la Mora y Pedro Campbell; su patria más distante aún, casi perdida en la bruma de veinte años.

Habla poco, como siempre, y no escribe, —como siempre también. Había estado habituado en vida pública, a dictar normas e ideas a secretarios insignes, en miles y miles de pliegos. ¿Quién le serviría de amanuense, retirado en lejana comarca extranjera? ¿Qué disposiciones, qué órdenes y declaraciones, qué meditaciones puede dictar? ¿Cómo se cifra en vocablos el mensaje de la soledad? A fin de cuentas, ¿no se transforma él, con el rodar de los años y a la distancia inmensa de la tierra, en parte integrante del retiro total? No es, nunca fué pecho de nostalgias, y, seco como un esparto, comprende filosóficamente que su misión ha concluído, tras sonoros triunfos y pruebas crueles. Y, varón entero y recio que es, de ceño erguido y alma compacta, sabe perder sin el consuelo liviano de las lágrimas. El silencio descansa en él para siempre. Es compañero fiel del hombre, incapaz de dejarle en orfandad.

Formóse desde tierna edad a campo abierto, como ahora se ve. El viento del mar y la sombra lenta de las cuchillas, no pasaron en vano por él, semejantemente a la brega de los hombres. Donde otras almas de efusión verían surgir en el horizonte, —tal que imágenes del recuerdo—, los fogones del campamento o la montonera bravía, tumultuosa y arrolladora, él mira la distancia vacía, sin apetencias, sin pesadumbre, sin el lamento de Séneca, *¡carere patria intolerabile est!* Ayer, el caudillo era libre y podía correr, reclamar, disponer. Hoy, otro ser de sí mismo, sin memoria ni tiempo como la eternidad, se identifica con él. Otro ser, en reposo, contenido, paralizado, que pone en quietud la acción tumultuosa de la vida. Debió entonces parecer homérica, de intensidad dramática, la lucha de Artigas sustituyendo el actuar apasionado de día a día en diez años de obra pública, por el aquietamiento completo. El cambio era grande, inesperado en el fondo del alma, radical y desconcertante; y los primeros años de Curuguaty semejarían repletos de desolación y de amargo resentimiento. El silencio y la inmovilidad definitiva tras los soles y las lunas iguales y repetidos como el tedio, serían, en último

(50) SOLANO LOPEZ, E. fragmento de una carta suya, del 24 de mayo de 1910, desde Posadas (Rep. Argentina), dirigida a Juan Zorrilla de San Martín y publicada en la «Revista Nacional», bajo el título de «Artigas en el Paraguay», pág. 7, año II, Nº 13. enero de 1939, Montevideo.

(51) FIDEL MAIZ, bajo el mismo título contenido en la nota anterior (50) fragmento de una carta a Fulgencio R. Moreno, en Arroyos y Esteros (Paraguay) del 22 de febrero de 1908. («Revista Nacional», año II, Nº 13, enero de 1939, pág. 13, Montevideo).

Cagancha. ¡Qué torrente de sucesos precipitando el molde de la patria! Con razón exclamaría Monterroso: «Y después de un resultado tan glorioso, ¿podrá negarse el genio de los orientales?» ([52]).

Todo en ausencia de Artigas, desde 1820 hasta 1840, pero realizado apasionadamente por los vástagos de su estirpe emancipadora: Rivera, Lavalleja, Oribe, Suárez, Rondeau, que trabajan y rivalizan en los cauces de libertad que labró el precursor. ¿Quién, a buena cuenta de su época y condición, quién formado en el campamento de Artigas, dejaría de ser caudillo? Cosa contraria presumía el común de los hombres civiles, los dueños de la ciudad que, beneficiados sin embargo con las «vaquitas», ponían los ojos en el ultramar de las naciones constituídas, reglamentadas, *civilizadas*, sin el despotismo y las depredaciones de un Otorgués, un Andresito o un Encarnación. Para los comodones, pues, el dorado vasallaje, la poltronería y la sorpresa increíble, desconcertante, de los Treinta y Tres o de las Misiones. Para ellos, también, memoria nefasta la patria vieja, con gobernadores, cabildos, congresos y montoneras desmelenadas.

El cautivo de Curuguaty, su nombre entero de conductor y libertador, debió entrar momentáneamente en las sombras de su tierra natal, perdida ella misma en las tinieblas. Versiones generales le daban como extraviado definitivamente en las selvas misioneras. «Vencido Artigas por todas partes, —decía un bando del invasor—, se busca un asilo entre los montes y sus Caudillos qe. inquietaban vuestros hogares, han sido prisioneros o dispersos» ([53]). El tiempo no había transcurrido aún y moraba en presente, como la oportunidad. Por otra parte, si el propio Artigas se retiraba vencido, desbaratado por doquier, ¿ignoraba alguien el sentido inquebrantable de sus decisiones? Alejado de los antiguos comandantes de campaña, separado de todo, ¿quién y a qué iría en su seguimiento, como inútil rescate? La fidelidad, fatigada, no podía dar más.

Parece ser, sin embargo y a juzgar por mentas de entonces, que alguien intentó, aunque en balde, atar su destino al del proscripto, «don Pepe Artigas», según le seguía llamando el gaucho irlandés Pedro Campbell ,«uña y carne (de Artigas) amigo de ley, como dicen en Purificación», que se expresaba diciendo, «¿no es un condenado el Francia ese y quién sino yo le dije a Pepe que era una vergüenza haberle tratado su gente en la Bajada (Paraná) lo mismo que lo

([52]) JOSE BENITO SILVERIO MONTERROSO, párrafo de su carta a Lázaro Gadea, fechada en Marsella, el 25 de febrero de 1835. (Eduardo de Salterain y Herrera, «Monterroso, iniciador de la patria y secretario de Artigas», pág. 203, Montevideo).

([53]) Párrafo de un bando de Carlos Federico Lecor, Barón de la Laguna, «á los habitantes del Entre Ríos, Montevº 26 de Junio de 1818». (Archivo Histórico Nacional, adquisición Falcáo Espalter, caja 3, carpeta 52, años 1817-1818, Montevideo).

«...Asen 4 días qe. arribo aesta (Santa Fe) el Dr. ySasa, Cordoves qe. se allava en el paraguai este señor con quien ya tengo relacion me adado sus circunstanciadas noticias de aquel Pais y de francia a quien pinta como ael Mr. monstruo del mundo: Artig.s vive, esta mui rovusto asiendo grandes sementeras en... (?) donde esta bien querido de las gentes de aquella povlacion ySasa dice qe. este es un mal para Artig.s pr.qe.francia lo ara su cumbir asi qe. conosca qe. las gentes lo tratan bien». ([57]).

Reiterando su animadversión por el dictador Francia, el mismo Rivera diría poco después (mayo de 1828) desde el campamento de las Misiones:

«...nosotros, (él y sus tropas) rovustecidos con los recursos de esta provincia qe. son inmensos, podremos en la próxima primavera overano darle un asalto a Francia en el paraguai y darle un trote, etc.». ([58]).

Confirmada por otros conductos la existencia del viejo caudillo, surgían, de cuando en cuando en Montevideo, propósitos de traerle a su tierra natal, ya entre los hombres de gobierno, ya por medio de los papeles públicos. «Nada me parece más propio en un gobierno sabio y liberal, —declaraba un colaborador de la prensa—, (en 1832) que llamar al país á los ciudadanos que han prestado grandes servicios, etc.». «Nosotros tenemos en un país extranjero, un héroe digno de la consideración de nuestro Gobierno. El primer general de los Orientales, el patriota D. José Artigas, que tantos sacrificios ha hecho por la libertad e independencia de nuestra Patria, hoy se halla lejos de nosotros, y á donde fué sólo por no pasar por la ignominia de ver el suelo que había regado con su sangre, sufriendo el yugo del extranjero. Es, pues, muy justo y muy digno, que nuestro gobierno mande un comisionado al Paraguay, con objeto de solicitar del Gefe de aquel Estado, el permiso para que regrese á su patria el general Artigas, etc.» ([59]). La iniciativa proyectada cundió a otros órganos de la prensa montevideana como «El Recopilador» (20 de marzo de 1832) y «El Constitucional» (30 de junio de 1834) que se hicieron eco de ella.

Luego, las luchas partidarias entre Rivera y Oribe y la intensidad de la Guerra Grande postergan la intención patriótica de buscar a Artigas. Hasta que en 1841, tras la muerte de Francia, vuelve la prensa a manifestar sus propósitos del traslado del protector. «...El

([57]) Párrafos de una carta de Fructuoso Rivera a Julián de Gregorio Espinosa, desde Santa Fe, el 13 de agosto de 1827. (Archivo General de la Nación Argentina, Buenos Aires).

([58]) Párrafo de una carta de Fructuoso Rivera, a Lucas J. Obes, desde «el campo en... Misiones» del 15 de mayo de 1828. (Museo Histórico Nacional, «Donación Salterain», tomo III, pieza 14).

([59]) «UN PATRIA», en «El Universal», del lunes 23 de enero de 1832, Montevideo.

General Artigas, —dice «El Constitucional»—, está exento de las prevenciones de los partidos. Muerto o vivo, la patria lo reclama y los ciudadanos deben rendir este último tributo en holocausto del primer soldado de su independencia» (60). «...Se sabe que á la fecha (20 de setiembre de 1841), —añadía pocos días después el mismo diario—, debe estar ya (Artigas) en la Asunción donde se le había ordenado venir del interior de aquella provincia»; y que «tenemos entendido, —informaba luego (22 de setiembre de 1841) que dentro de seis u ocho días, debe marchar para el Paraguay el señor Coronel Fortunato Silva, comisionado por el Gobierno de la República (Rivera) para conducir al Sr. General D. José Artigas hasta este Estado». «No puede terminar su vida desterrado, —declaraba «El Nacional» (22 de setiembre de 1841) y debe volver por un decreto solemne». «D. José María Artigas, —expresaba «El Constitucional» (23 de setiembre de 1841) hijo del general D. José Artigas, se prepara a seguir viaje al Paraguay», con la esperanza de regresar en compañía del padre «á su suspirada Patria», y ponderaba con entusiasmo «el proyecto del Gobierno de la República (Rivera) que ha resuelto enviar un comisionado al Paraguay, con el fin de hacer volver a Artigas».

XIV

1840. Veinte años de cautividad y de silencio de Artigas. El supremo dictador paraguayo, se siente mal. Quema sus papeles (¿el oficio de Artigas, de 1820?), pasea a caballo por la dormida Asunción y muere contando 82 años de vida. La noticia del fallecimiento, que parecía increíble, corre como reguero de pólvora por el continente entero. «Según una correspondencia del Paraguay inserta en «El Constitucional» de Montevideo del 9 de diciembre de 1840, el pueblo quiso sublevarse al conocer la muerte de Francia, pero consiguieron sobreponerse los cuatro comandantes de las tropas. Agrega el corresponsal que el dictador, según se aseguraba, había dicho a los referidos comandantes, «que si querían tener paz por algunos años, que prendieran a J. Artigas, lo que ejecutaron inmediatamente». (61).

Fructuoso Rivera, presidente del Uruguay, comunicó el suceso de la muerte de Francia a su representante en Francia (José Ellauri) diciéndole

«...Un acontecimiento, qe.por los resultados qe.debe tener es de la más alta importancia, acaba de realizarse. El Dictador del Paraguay, ha muerto. Una Junta de cinco individuos le ha sucedido en el poder; pero no en la voluntad de hierro qe.trazando un muro

(60) «El Constitucional», del 1º de setiembre de 1841. Montevideo.
(61) EDUARDO ACEVEDO, obra citada, tomo III, pág. 832.

impenetrable en torno de aquel rico País, supo convertirlo en fortaleza inespugnable de la barbarie y despotismo. La facultad de hacer qe. el Paraguay sea extraño a cuanto le rodea, de contener la irresistible tendencia de la época hacia las mejoras sociales, de atar todas las aspiraciones individuales en un País sin Monarquía, ni castas privilegiadas; la facultad, digo, de realizar todos esos prodigios, se ha encerrado en la tumba del Dr. Francia. Pasará el sopor en qe. los Paraguayos se habrán encontrado al ver qe. la muerte alcanzaba también al hombre todo-poderoso, qe.era pa.ellos una Divinidad, y entonces vendrá á tierra el sistema gubernativo por él creado, y aquel Pueblo será lo qe. todos los demás, y figurará pa.algo en los destinos americanos. La política, el comercio, la industria, encontrarán allí nuevas e interesantes ocupaciones; y nosotros qe. por nuestra posición geográfica estamos más que nadie en la aptitud y el deber de comprender todo lo qe.esto importa, no lo olvidaremos, seguramente» (62).

La muerte de Francia concluye la más singular etapa de la historia paraguaya. El gobernante vitalicio y su dictadura, «el más notable, con mucho, de los fenómenos suramericanos», al decir de Carlyle (63), no fué, en manera alguna, «la encarnación única, el númen solitario de la autonomía provincial» «salvó la independencia, hasta de sus vecinos, por el aislamiento y el despotismo, dos terribles medios que la necesidad le impuso en servicio de un buen fin». (64).

En esa época, Artigas, de 76 años de edad, no tenía vestigios «de la emoción que podía haberle deparado su mala suerte», según referencias de un testigo. Rondaba la vejez, cubriendo de sombras el corazón. El plácido retrato de Eduardo D. Carbajal lo descubre en la fronda, cabeza blanca ya y cuerpo aquietado. Pero, aún así, temido por los pretorianos y considerándosele peligroso, los comandantes del gobierno dispusieron engrillar «al bandido Artigas» a los dos días de la muerte de Francia (22 de setiembre de 1840). «En 40 horas cubrió el jinete las 80 leguas que separan Curuguaty de Asunción. El día 22, a la una de la tarde, se cumplió la orden. Artigas se hallaba arando en su chacra, y al ver al comandante Gauto con unos soldados, sin preguntar comprendió lo acaecido. El glorioso anciano se destocó y exclamó llorando: *El dictador ha muerto. Pero su sombra*

(62) FRUCTUOSO RIVERA, presidente de la República, fragmento de una carta suya del 22 de noviembre de 1840, a D. José Ellauri (París), enviado extraordinario y ministro plenipotenciario en Europa. (Museo Histórico Nacional, «Donación Salterain», tomo VII, pieza 134).

(63) TOMAS CARLYLE, «El doctor Francia» (traducción española de D. Luis M. Drago) pág. 18, Buenos Aires.

(64) FULGENCIO R. MORENO, «Estudio sobre la independencia del Paraguay», tomo I, prefacio, pág. VII, Asunción.

seguirá flotando por mucho tiempo sobre el Paraguay» (65). Puesto Artigas en seguras prisiones, durante un tiempo que debió durar seis meses (22 de setiembre de 1840 a 12 de marzo de 1841) pasó entonces y sin duda, el infortunio mayor de su cautiverio. Los agentes de Francia eran aún más duros que el antiguo practicante de derecho, doctor en teología y dueño del Paraguay.

Luego (marzo de 1841) Mariano Roque Alonso y Carlos Antonio López, sucesores del gobierno militar, conceden la libertad a Artigas. Y enterados de los deseos expresados en Montevideo, de ver de regreso al patriarca, ordenan: «Se dirá a Artigas que si quiere volver a su patria, lo podrá verificar en los buques mercantes, etc.». Como respondiera Artigas que «muy distante de imaginar el volver a su país nativo, suplica a V. S. le sirva concederle la gracia de que finalice en esta villa (de Curuguaty) el resto de sus días, el cual habrá de ser ya muy limitado debido a estar ya en su edad bastante avanzada». Prosigue la correspondencia tocándole contestar al gobierno de los cónsules: que se dirá «a don José Artigas, que hemos tenido en consideración su resolución de concluir sus días en la villa (San Isidro) en lugar de verificar el regreso que se le ha propuesto, a su país, con el objeto de facilitarle cuando gustase verificarlo, y en consecuencia le atenderá Vd. (el jefe de la región) en cuanto exijan sus circunstancias, y llegado el caso de su fallecimiento, se le harán los honores fúnebres corrientes». «Los honores fúnebres prevenidos, —añadía el oficio del 28 de setiembre de 1841—, para caso del fallecimiento de dicho individuo, se harán del modo y con la solemnidad que permita la villa, convidándose la asistencia á los vecinos principales, sin que esta explicación se vaya a publicar o vulgarizar antes de tiempo, siendo una advertencia reservada por ahora, al mismo comandante (de San Isidro) para su gobierno á su tiempo, etc.».

Presidio primero, honores después y otra vez luego, la riente comarca de Curuguaty, reteniendo al labriego en sus sementeras. En 1845, esto es, después de veinticinco años, el cautiverio de Artigas se trueca en asilo. De prisionero que era y lo fué en el desierto de la extensa soledad, pasa a la condición de hombre libre. Pero, ya es un anciano de ochenta años en quien la libertad tiene el sentido de confinamiento y la vida su término irremediable.

Carlos Antonio López, el nuevo gobernante paraguayo, fija a Artigas la residencia de su chacra en Ybiray, por las afueras de Asunción. Lo aloja primeramente en la quinta de su secretario privado, D. Guillermo Pérez, sita en la prolongación de la actual avenida España, lugar de Manorá, y a poco lo instala en su propia chacra de Trinidad, linde del predio de la hoy establecida escuela

(65) JULIO CESAR CHAVES, obra citada, pág. 364.

«Artigas». Cuidado y atendido amistosamente, Artigas deja entonces de ser «el bandido» para convertirse en el general D. José Artigas». Mudanzas de la vida, caducidad de la suerte, como la de aquel otro cautivo que el finado doctor Francia había admirado, Napoleón Bonaparte, a quien «Le Moniteur» de París calificara de «monstruo» al fugar el héroe del destierro; de «ogro», cuando desembarcó; «tigre», al dejarse ver cerca; «tirano», a su llegada a Lyon; «usurpador», cuando se aproximaba a París; después, «Bonaparte», «Napoleón», «Emperador Napoleón» en Fontainebleau, y «Su Majestad el Emperador», a su arribo a las Tulierías.

Artigas, menos connotado, naturalmente, no tentó evasión alguna. El largo confinamiento en Curuguaty, con su más larga meditación, había marchitado impulsos y depurado pesadumbres al contacto sedante de la naturaleza, como proscripto antiguo crecido en sabiduría. A su edad senecta en Ybiray, no cabían aventuras. El sosiego y la paz tenían que ser norte de los instintos, conformidad del alma. Amistó, eso sí, —grata floración de su huerto—, con algunos moradores, como el vecino Joaquín Manuel Rodríguez, Alejandro García, magistrado del pueblo, y Benigno López, hijo menor de D. Carlos Antonio, todos los cuales apreciaron en el huésped sus dones de señorío. También alternó con el militar Rómulo José de Yegros, teniente de caballería paraguaya, hijo del ilustre Fulgencio, aquel artiguista de la primera junta gubernativa que fuera perseguido y encarcelado por el dictador Francia. La biblioteca de nuestro parlamento legislativo, conserva un libro dedicado por Artigas a su amigo Yegros, en testimonio de aprecio. (66).

En 1846 el ilustre general argentino D. José María Paz visitó a Artigas en su humilde retiro de Asunción. «En su segunda visita le acompañó á caballo á dar un paseo por los alrededores de su residencia, y hablando en esa ocasión de política, aunque someramente con Artigas, éste le manifestó lo siguiente:

«General Paz: Yo no hice otra cosa que responder con la guerra a los manejos tenebrosos del Directorio, y á la guerra que él me ha-

(66) Biblioteca del poder legislativo, archivo de libros raros, ejemplar en estuche número 7975, Montevideo. El libro se titula «La conversación consigo mismo», por el Marqués Caracciolo, traducida del francés al castellano por D. Francisco Mariano Nifo, undécima impresión, Madrid, 1817, imprenta de D. Francisco de la Parte. La página 1, (después de la XVI del prólogo) ostenta, en forma manuscrita muy borrada, la siguiente dedicatoria: «A mi Es.mº amigo Tte. de Cab.ll Dn. Romulo Jose de Yegros, Mayo 14 de 1850. - JOSE ARTIGAS» (con rúbrica). Caracteres de nombre y rúbrica, no son los habituales de Artigas, en sus oficios públicos conocidos, bien que estos últimos alcanzan hasta el año de 1820, treinta antes de la fecha de la dedicatoria. Este libro fué donado a la biblioteca mencionada, por D. Fulgencio Yegros, capitán del ejército paraguayo, en el mes de diciembre de 1930, según constancia manuscrita del donante, en las primeras páginas.

cía por considerarme enemigo del Centralismo, el cual sólo distaba un paso entonces del realismo. Tomando por modelo a los Estados Unidos, yo quería la autonomía de las Provincias, dándole a cada Estado su gobierno propio, su Constitución, su bandera, y el derecho de elegir sus representantes, sus jueces y sus gobernadores, entre los ciudadanos naturales de cada Estado. Esto es lo que yo había pretendido para mi Provincia y para las que me habían proclamado su Protector. Hacerlo así habría sido darle a cada uno lo suyo. Pero los Pueyrredones y sus acólitos querían hacer de Buenos Aires una nueva Roma imperial, mandando sus procónsules a gobernar a las provincias militarmente y despojarlas de toda representación política, como lo hicieron rechazando los Diputados al Congreso que los Pueblos de la Banda Oriental habían nombrado, y poniendo á precio mi cabeza. El fusilamiento de José Miguel Carrera y el manifiesto de sus hermanos a los Chilenos, serán ciertamente mi mejor justificación» (67).

Artigas, juez de sí mismo ante la perspectiva de su obra pasada. Visión escueta, severa, pero certera, exactísima de la gran empresa que le ocupó, como anticipo genial en la ideación política de su época. Gracias a ella y a su germinación en los hombres y las edades que le sucedieron, tuvo fisonomía propia la colectividad que rigió, salvación decisiva el sistema republicano, arquitectura recia su régimen político y libertad heroica el alma de la patria. Después de él y de su obra, no habrá uruguayo alguno, no habrá argentino siquiera que no le deba el principio de la libre determinación, ni suramericano que no mire en él la dignidad insigne de un precursor.

En sosiego de su vejez, Artigas trabó relación más que común, con D. Carlos Antonio López, presidente (1844) de la república del Paraguay, tutor y curador de sus habitantes, hombre liberal y esparcido, que, al parecer, escribiera luego en su periódico oficial: «El general Artigas no amaba las ciudades y aún en su vejez quería la libertad de los campos, la espansión de los Orizontes, la vida de su juventud; en consecuencia fué acomodado en una chácara en la vecindad de esta Capital» (68). Sin duda que ya en goce de libertad, Artigas recibió correspondencia del exterior y de su propio país, como lo acredita una carta, así:

«Me tomo la libertad de recomendar a V. (Justo José de Urquiza) la adjunta para él Sor. General Artigas, pues creo que por su

(67) ISIDORO DE MARIA, «Compendio de historia de la República O. del Uruguay» (primera edición), tomo IV, págs. 120 y 121, transcribiendo una «Entrevista del General Paz con el General Artigas en el Paraguay, referida por el primero al ex-presidente del Senado Don Lorenzo J. Pérez de Montevideo, «El Nacional», Nº 205, 2º Año, Montevideo».

(68) «El Paraguayo Independiente» (segunda edición, 1859), tomo II, pág. 326, Nº 96, sábado 28 de setiembre de 1850, Asunción.

conducto podrá llegar al Paraguay. Ella es referente a asunto de familia, de la casa de nuestro amigo él General Lavalleja, cuya contestación les es de mucho interés y desearía le recabase la persona a quien V. encargase su dirección, etc.» (69).

Solícito Urquiza respondió que había «recibido (la carta) que me adjunta para el señor General Artigas y en el acto le he dado dirección por conducto del señor General Virazoro, persuadiéndome que así llegará pronto y con seguridad a su título, etc.». (70).

XV

¿Respondió Artigas al requerimiento o a algún otro de sus paisanos y amigos? No hay, hasta ahora, noticia de ello y probable es que no la haya nunca. Es evidente que no puso interés alguno en enterarse de pliegos oficiales remitidos por su gobierno; más no por desdén o resentimiento personal, sino por el natural carácter del ánimo en la edad suya y condición de todo renunciamiento. En tardes apasibles erectas entre el ayer y el mañana, Artigas vería sin importancia lo que la fututuridad acogería. El tiempo seguía en presente y se reducía a memorar sucesos en pláticas de amistad con el presidente paraguayo, abierto y cordial o con visitantes espectables como su paisano Ramón de Cáceres, el dicho José María Paz, Enrique de Beaurepaire Rohan, militar braileño; el sabio francés Alfredo Demersay, que le retrató y José María Artigas, su propio hijo, oficial del ejército uruguayo, que uno y otro relataron impresiones o expresaron a Artigas el vehemente deseo de verlo de regreso en Montevideo.

Su país natal gestionó el propósito reiterado del presidente Fructuoso Rivera, de trasladar a Artigas (71) mediante el oficio correspondiente y la comisión especial de D. Federico Albín y Bernabé Plá, que viajaron al Paraguay. En esta ocasión, como en la de los visitantes anteriores, Artigas optó por seguir viviendo hasta el final de sus días en la campiña de Ybiray. No estaba en sus cálculos, como no había estado nunca, moverse y actuar para recibir honores y aclamaciones. En su amado sosiego no aceptó tampoco la invitación del

(69) Fragmento de una carta de Lucas Moreno, en Colonia, el 26 de diciembre de 1848, a Justo José de Urquiza, en la provincia de Entre Ríos. (Archivo Histórico de Entre Ríos, Rep. Argentina, División Gobierno, Año 1848, serie II, carpeta 13, legajo 24. documento 331, número de foja, 1).

(70) Párrafo inicial de una carta de Justo José de Urquiza, desde la costa de Gualeguaychú, el 8 de enero de 1849, al «Teniente Coronel D. Lucas Moreno». (EDUARDO MORENO, «Aspectos de la Guerra Grande», pág. 154, Montevideo).

(71) Oficio del gobierno nacional, Montevideo, el 7 de octubre de 1841, suscrito por el general Enrique Martínez, ministro de la guerra.

general Paz para acompañar a éste a Corrientes en sus luchas [72] ni el cargo de instructor del ejército paraguayo con que quiso investirle D. Carlos Antonio López [73] en la contienda contra Juan Manuel de Rosas. El sol ya había declinado y era inútil abrir la jaula...

Ytapúa, recogimiento transitorio en el convento de Asunción, años y años en la campaña de San Isidro, cárcel sin rejas y alma derramada en el olvido; luego, seis meses de prisión y liberación tardía en Ibiray, a las puertas de Asunción. Consecuentemente con los años, Artigas ya es «la imagen de un monumento en ruinas» [74].

Por eso sale poco y se recoge al atardecer. «De vez en cuando, ya muy anciano, montaba en un petiso manso y acompañado del fiel negro Martínez venía a la Asunción a visitar a doña Juana Carrillo, esposa de don Carlos Antonio López» [75]. Si no, medita, lee algún libro suelto o comenta las publicaciones de «El Paraguayo Independiente» que recoge toda la documentación de los pactos suyos (1812) con el gobierno de la primera junta guaraní.

Entre tanto, el suelo natal, su Uruguay lejano sigue clamando por el rescate del «primer campeón de la libertad», en instancias oficiales, columnas de la prensa y poesías de Acuña de Figueroa. Todo reclama la vuelta de Artigas. Es natural y aleccionador que así ocurra. Pero tan natural como ello es que Artigas permanezca donde está, ajustando sus ojos fatigados a la placidez campesina. Tiene unos ochenta años, o más, cuando la idea fija del ser es la de la noche eterna. Los lazos de los últimos veinte años le atan al suelo que pisa, cautivo de la naturaleza más que de los hombres. Los años caen yertos sobre su cabeza blanca y la gente sencilla que le rodea no engaña como los poderosos. Artigas, persona de bien, reconocido a los beneficios recibidos, exclama entonces con frase de oro: «Viviré en una gratitud inmortal».

¿Volver a la patria? Sin duda que le ama y venera el alma de su pueblo, pero, la tarde declina y no deja ver bien. Por otra parte, difícilmente se lograría que una vez en Montevideo, Artigas se viera «exento de las prevenciones de los partidos». El torrente político y el ardor de las facciones partidarias, harían presa de él, fatalmente.

Ya es tarde, ya es viejo, ya es sólo un recuerdo de aquel de antes, para el reconocimiento universal. Además, cuando se aparta el sol, el hombre sacudido por la tormenta y los sacrificios, se place en la calma de las verdes serranías a que arribara por la senda del infortunio. Mansamente, con los ojos puestos en Dios y en la patria,

(72) ENRIQUE LAMY DUPUY, obra citada, pág. 173.
(73) ELISA A. MENENDEZ, obra citada, pág. 292.
(74) ENRIQUE DE BEAUREPAIRE ROHAN, citado por Carlos María Ramírez, en la pág. 317, de su obra («Artigas»).
(75) JUSTO MAESO, obra citada, tomo II, pág. 262.

espera la muerte hasta el 23 de setiembre de 1850. Después, ya no es dueño de sí y la gloria dispone de él.

Sus restos mortales reposan, —desde 1856—, en la tierra natal de Montevideo. Y su memoria significa la libertad y la patria en el alma nacional.

CONCLUSIONES

1. Como no se conoce, hasta hoy, el texto de la nota remitida por Artigas a Francia, desde Candelaria, el 6 de setiembre de 1820, la historia se ha atenido, forzosamente, a la deducción de los hechos y a la versión del dictador del Paraguay, del 12 de mayo de 1821, que presenta a Artigas impetrando un asilo en territorio de su enemigo José Gaspar de Francia.

2. Aunque las relaciones entre Artigas y Francia, eran entonces muy tirantes y aunque el primero llegara vencido a la frontera del Paraguay, ello no aleja la presunción de que Artigas buscara un auxilio militar del doctor Francia para seguir combatiendo.

3. Que fracasado ese propósito por la actitud de Francia y el vencimiento de Artigas, éste se acogió al asilo de tres meses de Asunción, convertido luego en el cautiverio de veinticinco años de Curuguaty y seis meses de prisión.

4. Que Francia respetó la vida de Artigas, protegiéndole, por razones de buen nombre de su gobierno, guardándole al mismo tiempo como prenda segura de ulteriores sucesos políticos.

6. Que en 1845, bajo la presidencia de Carlos Antonio López, el Paraguay concedió la libertad a Artigas. Tenía entonces éste, 81 años de edad y permaneció donde vivía.

7. Artigas no deseó, ni aceptó volver a su patria. Murió naturalmente donde había envejecido. Y no se dignó abrir el oficio de Rivera, por saber de quién venía, pese a la insistencia del C. A. López y del comandante Gauto.

Montevideo (Pocitos), 1950.

Se terminó de imprimir este libro, el día 20 de abril de 1950, en los talleres de la Impresora «L.I.G.U.», calle Cerrito 740, Montevideo, Uruguay.

OBRAS DE

E. DE SALTERAIN Y HERRERA

Novelas y Cuentos

ANSIEDAD (1922).
LA CASA GRANDE (1928).
FUGA (1929).
ARANDU (1944).

Crítica, Pedagogía y Viajes

LOS COMENTARIOS, I (1917).
LOS COMENTARIOS, II (1920).
PERSPECTIVAS (1926).
PERFIL DE VIAJE. ORIENTE Y OCCIDENTE (1932).
LA CLASE, I (Literatura y composición) (1931).
LA CLASE, II (La educación artística) (1934).
LA CLASE, III (Los Evangelios, Antigüedad Griega, el Nilo) (1941).
LA CLASE, IV (Shakespeare, Goethe, Bécquer, Final de clase) (1941).
ENSEÑANZA SECUNDARIA URUGUAYA Y TEMAS DERIVADOS (1942).

Historia y Biografía

RIVERA, CAUDILLO Y CONFIDENTE (1945).
JOSE MARIA MONTERO, FRANCISCO A. BERRA Y LA REFORMA ESCOLAR (1946).
MONTERROSO, Iniciador de la patria y secretario de Artigas (1948).
BLANES, El hombre, su obra y la época (1950).